

Beatriz Escalante

EL MARIDO PERFECTO



NUEVA IMAGEN

EL MAJIN

Donation from the library of
Jose Pedro Segundo
1922 - 2022
Please pass freely to others readers so
that everyone can enjoy this book!



EL MARIDO PERFECTO

El marido perfecto

NUEVA IMAGEN

Beatriz Escalante

El marido perfecto

NUEVA IMAGEN

**Para establecer comunicación
con nosotros puede hacerlo por:**



correo:
Renacimiento 180, Col. San Juan
Tlihuaca, Azcapotzalco,
02400, México, D.F.



fax pedidos:
(015) 561 4063 • 561 5231



e-mail:
info@patriacultural.com.mx



home page:
<http://www.patriacultural.com.mx>

Diseño editorial: José Francisco Hernández
Diseño de interiores: Silvia Sánchez Encalada
Dibujo de portada: Perla Alejandra López Romo

El marido perfecto

Derechos reservados:

© 2001, Beatriz Escalante.

© 2001, GRUPO PATRIA CULTURAL, S. A. DE C. V.

bajo el sello de Nueva Imagen

Renacimiento 180 Colonia San Juan Tlihuaca

Delegación Azcapotzalco, C. P. 02400, México, D. F.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial

Registro núm. 43

ISBN 970-24-0190-9

Queda prohibida la reproducción o transmisión total o parcial del contenido de la presente obra en cualesquiera formas, sean electrónicas o mecánicas, sin el consentimiento previo y por escrito del editor.

Impreso en México

Printed in Mexico

Primera edición: 2001

Primera reimpresión: 2003

A Óscar, el ucrónico,
porque a fuerza de vivir buscando
lo que hay detrás del cielo,
nunca ha puesto los pies sobre la tierra.

*Lástima que al paraíso
se entre en carroza fúnebre.*

JERZY LEC

INJUSTÍSIMA BELLEZA

Lágrimas abultadas y caóticas brotaban de los ojos de Isabel. No corrían discretamente hacia abajo. Saltaban como clavadistas suicidas desde unos pequeños y monótonos ojos color café, desde unos ojos de pestañas de aguacero que miraban con acuática tristeza su boda, la que habría podido ser su boda. Porque el novio de la tele *era* el novio de Isabel, lo había sido durante los cinco años en que estudiaron juntos la carrera de arquitectura. ¿Cómo era posible que él hubiera aceptado la cursilería de casarse un 14 de febrero en cadena nacional? La conductora del programa aseguraba que nuestros amigos del público querían conocer la información. Preguntaba qué habían sentido los afortunados novios al saberse los ganadores; cómo se les ocurrió enviar su foto al concurso y cuánto tiempo había durado el noviazgo.

Orgulloso, Bruno respondía: que sólo dos maravillosos meses; que porque la gente les decía que hacían muy bonita pareja. ¡Magnífica pareja!, aulló la con-

ductora. *La pareja* que nuestros patrocinadores premiarán con increíbles regalos. Y en ese momento la imagen de los novios salía de foco y una voz en *off* continuaba con la descripción de cada uno de los obsequios. El *close up* de los trajes de baño abría a un gran angular de la alberca del hotel en donde los jóvenes enamorados disfrutarían... mientras Isabel no paraba de llorar. Aprovechó los comerciales para ir por una caja de *kleenex*. También fue a la cocina a servirse un vaso de agua y al ver la estufa recordó los cientos de pasteles, espaguetis y quesadillas que le había preparado a Bruno, para demostrarle que no sólo su amor iba a llevar al matrimonio. Pero ahora él estaba allí, casándose ante medio mundo con una mujer que seguramente no sólo no sabía cocinar, sino que había sido una inútil en el pasado de Bruno, porque no había sido Sandra, sino Isabel la que se había desvelado haciendo las maquetas y los planos estructurales, la que se había acabado los ojos en el monitor de la computadora. Y todo para qué, para que Sandra, con su injustísima belleza, su absoluta ignorancia de la arquitectura, sus manos suavecitas y bien formadas, de esas que jamás han lavado un baño ni tocado el letraset, se quedara con Bruno. Porque Sandra no había hecho nada. Bruno se casaba con ella por todas esas “razones” en las que no se traslucen el tesón, la disciplina, el esfuerzo ni el mérito. Las razones de Sandra iban de dos en dos: las primeras, por

ejemplo, eran talla 34 C; las segundas eran la causa de que hasta el pantalón peor cortado luciera de maravilla.

Isabel se quedó frente a la tele hasta que el último de los créditos de *La boda por televisión* se fugó por la parte superior de la pantalla. Si Bruno se hubiera casado como toda la gente, si ella se hubiera enterado a través de una amiga..., incluso de la página de sociales de un periódico, el efecto no habría sido tan devastador y perdurable; pero la idea de que el mundo no valoraba la justicia, la certeza de que nunca existiría equilibrio en la simbólica balanza, de que el empeño que se pone en conseguir algo jamás pesa lo mismo que ese algo eternamente inalcanzable, pues siempre es otro quien lo consigue, se incorporó a su conciencia con la misma brillantez con la que se habían adherido las marcas patrocinadoras *Pepsi*, *Tampax* y *Danone*.

Debido a que las características que definían a Isabel Pérez eran precisamente la disciplina y el tesón, continuó con sus trámites para recibirse de arquitecta a pesar de que todo en ella estaba deprimido: su estado de ánimo, su amor propio, su idea del futuro. Sólo los párpados que cubrían sus ojos color café tierra —de por sí hinchados por aquel programa que le cambió la vida— continuaban inflamándose, pues cada una de las noches que transcurrieron antes de la fecha del examen profesional fueron empleadas tanto para releer la tesis como para llorar por Bruno. Isabel tenía los

párpados a tal punto inflamados que la abertura por la que veía era tan delgada como la línea sobre la que los sinodales estamparon sus respectivas firmas para aprobarla, no por unanimidad sino por la autorizada sugerencia del arquitecto Márquez.

Sin fe en el amor y con un odio intenso, Isabel emprendió su vida adulta. El despacho absorbió las horas que antes ella dedicaba a Bruno. Un día se incorporó a la planta de maestros de la facultad de arquitectura, no porque le gustara la docencia, sino para hacer justicia a los más inteligentes obligándolos a trabajar en la misma proporción que los peor dotados, pues no sólo detestaba todo lo que fuera naturalmente bello: la gente, las plantas, las puestas de sol, sino a todos los que la naturaleza, el dinero, la clase social y las relaciones de familia habían beneficiado. Hizo de su despacho la vida y del cubículo del profesor Márquez un refugio. De su cuerpo hizo un insensible maniquí al que indiferente cambiaba de ropa, pues con Bruno se fueron no sólo el coche, el restirador y las raquetas de tenis, sino las ganas de viajar, el proyecto de la casa en Cuernavaca, las caricias bajo el agua de la regadera, las noches en que no eran las manos de Isabel las que la desvestían. Se acabaron las faldas, las medias y los brasiers de encaje. Le parecía inútil buscar nuevas recetas de pasteles, buscar el cuerpo de Bruno cuando afligida despertaba a medianoche.

Pasaron varios años antes de que se diera cuenta de que ya no sonreía. La tarea de capataz que por rencor ella sola había asumido fue confirmada por el principal accionista del despacho. Era la patrona de obras privadas y proyectos institucionales. Mandaba con fiera determinación a sus colegas y a sus numerosos alumnos que, ingenuos, veían en ella la puerta de hierro para ingresar a un importante despacho en una época en que la crisis de la construcción lograba sin esfuerzo el milagro de transmutar a muchos arquitectos en choferes de taxi.

Hasta ese día, sólo había sabido de Bruno a través de Sandra. Le resultó fácil suponer que lo tenía bastante abandonado: Sandra era la bella que anunciaba bronceadores *Coppertone* en las playas de Cancún, Jamaica y Miami, la dama joven de la telenovela histórica filmada en Guanajuato, la que —según las entrevistas que le hacían en los programas de radio y televisión— pronto iba a protagonizar una película en Hollywood, en donde seguramente se hacía las cirugías, pues era imposible que después de una década y media siguiera viéndose como el día de su boda. La bellísima Sandra, la esposa de un arquitecto desempleado que, como otros cientos de arquitectos desempleados, trataba de colocarse en el despacho donde regía Isabel.

Fue tan intensa la impresión de verlo, aunque fuera en una foto de tamaño infantil, que sin siquiera revi-

sar por encima el resto de los currículos, Isabel los dejó en la charola para que su secretaria los mandara al archivo muerto. Nunca antes había hecho algo parecido: jamás había contratado a un arquitecto sin antes haber revisado los expedientes de todos los demás aspirantes, de ponderar su experiencia y poner los intereses del despacho por encima de todo; pero esta vez, aunque había candidatos más calificados, ella tuvo la sensación de que, por sus antecedentes, Bruno merecía el puesto, sobre todo si se consideraba lo mucho que Sandra lo habría hecho sufrir. Por lo que Bruno fue objeto de una contratación tan injusta como rápida.

Con el paso de los años, el arquitecto Bruno Grimaldi había adquirido —como los buenos vinos de Bordeaux— un cuerpo excelente. Apenas tenía unas cuantas canas en las patillas que, junto con el discreto aire de tristeza de su cara bronceada por jugar tenis en el club, le daban el aspecto de galán de cine europeo. Él estrechó la mano de Isabel y sonrió con un gesto calculado de asombro y timidez. Fingía no tener idea de que ella trabajara allí, de que fuera ella quien lo hubiese seleccionado. Y estaba tan feliz a causa de aquel inesperado encuentro, que le parecía indispensable celebrarlo comiendo juntos.

A Isabel le habría convenido contraer matrimonio, tener amantes o, por lo menos, salir de vez en cuando con alguno de los arquitectos del despacho; con quien

fuera, hasta con aquel señor que se veía tan disponible y con el que invariablemente se encontraba en la antesala del dentista. Pero no lo hizo. Con tal de no asumir que Bruno ya no la quería, los últimos jirones de su autoestima se organizaron para inventar una historia en donde Sandra era la única responsable y Bruno era una especie de indefenso maletín al que se habían llevado contra su voluntad. Nunca más removi6 la interpretación de lo que había ocurrido. Su amor por Bruno estaba tan intacto como su vagina.

A la propuesta de Bruno, Isabel respondi6 con un s6 universal, que no s6lo signific6 que aceptaba ir a comer esa tarde, sino que se ofrecía a ayudarlo con la misma devoci6n con que lo había hecho cuando eran estudiantes. Si bien es cierto que ahora no podía hacerle las tareas, s6 estaba en condiciones de asignarle los mejores proyectos —los que les correspondían a otros arquitectos con m6s antigüedad— y de facilitarle el acceso a la informaci6n y a las personas importantes del negocio. Y así lo hizo. Antes de 24 meses, Bruno tenía m6s de lo que Isabel había conseguido durante toda su vida profesional. Sus dotes de buen conversador, su carácter, su físico, su manera de moverse por el mundo y hasta las relaciones de la bella Sandra potenciaron las ofrendas de Isabel: los accionistas premiaron el desempeño de Bruno haciéndolo socio del despacho.

Puesto que las jerarquías se miden en dinero pero también en metros cuadrados, aquella tarde Bruno tomó posesión de una oficina más amplia y lujosa que la de Isabel. Ella no estuvo allí para auxiliarlo: tenía que impartir su clase en la universidad. Y no por rencor —le explicaba con voz agria al profesor Márquez de camino a los salones— sino por motivos pedagógicos, iba a volverse aún más exigente: sólo aprobarían su materia los alumnos que lograran realizar gigantomaquias, trabajos absolutamente desproporcionados y difíciles. Así eran las cosas. Debían aprenderlo de una vez, para que no fueran engañados, que supieran desde jóvenes que la vida, la verdadera vida no era justa como ese paraíso artificial llamado aula donde cada quien recibía su merecido. Había que prepararlos para que sobrevivieran, por ejemplo, a unos accionistas ciegos que todavía no convertían en socia a Isabel a pesar de que ella llevaba tantos años entregada al despacho; y eso por no hablar del reconocimiento que uno espera por los actos realizados, porque era Sandra —quien nunca había cuidado a Bruno— la que ocupaba el lugar de honor dentro de un hermoso marco dorado en el escritorio de caoba de la nueva oficina. La vida era injusta en el trabajo y en el amor, despotricaba Isabel con caóticas palabras hinchadas de resentimiento que llegaban a los viejos oídos del arquitecto Márquez, a quien no le parecía correcto desquitarse con los alum-

nos; en su opinión, la escuela tampoco era justa. Podría demostrarlo con sólo hablarle a Isabel de su examen profesional, de cómo muchos años atrás, aquellos párpados femeninos tan duros por la inflamación le habían ablandado el sentido de la justicia. Pero una vez más la piedad se apoderó de él y prefirió guardar silencio: para qué aumentar la amargura de Isabel contándole las compasivas razones extraacadémicas con las que él había convencido a los otros sinodales de que la aprobaran.

ADONIS

Fabián era uno de esos hombres que son como los pupilentes de color azul: irritan y complacen a quien los lleva en los ojos. Por clavar la vista en él, muchas mujeres se volvían incapaces de mirar sin prejuicios a otros hombres, pues —salvo raras excepciones— terminaban por asignar a todas las personas de sexo masculino los rasgos de aquel cabeza hueca, voluble y caprichoso. Si para desarrollar su cerebro hubiera empleado la centésima parte del tesón con que hacía crecer sus bíceps, tríceps y demás íceps, habría alcanzado si no la celebridad en la ciencia o en el arte, sí, cuando menos, cierta holgura económica, porque Fabián era un mapa en donde cada elevación, cada planicie, ocupaba el sitio adecuado. Poseía un físico en donde las texturas y los pigmentos se habían combinado sin error; pero como no aceptaba ser acariciado más que con los ojos, su imagen —tan agradable al principio— se iba convirtiendo en algo molesto como una conjuntivitis en la ciudad de México. No he conoci-

do a ninguna mujer para quien sea suficiente el taco de ojo: al final todas se aburrían de que Fabián no mostrara deseos de ir más allá de los juegos “voyeuristas”, todas acababan por cerrar los ojos cuando él pasaba, todas permitían que la figura perfecta del adonis fuera empañada por el colirio de otros cuerpos menos ariscos al sentido del tacto. De todas las que lo han mirado, sólo yo sigo dispuesta a ver por él en momentos de apuro.

Aunque Fabián detestaba el ejercicio, nunca hizo otra cosa: no estudió y, que yo sepa, tampoco ha trabajado. A los 11 años gastaba toda su energía en tratar de meterse a los gimnasios, cuya entrada tenía prohibida por no cumplir con el pago de las mensualidades ni con la edad mínima reglamentaria. Otra de sus ocupaciones era tallarse rodajas de papa cruda en el pecho y en la barba. Según mis hermanas, en ese entonces Fabián daba la impresión de estar luchando contra su sentencia genética: procede de una familia de hombres lampiños y escuálidos. Pero yo pienso que se equivocan al juzgarlo: me parece inútil buscar un propósito que impulse su conducta: Fabián es, simplemente, una computadora programada para incrementar músculos.

Acepto que nuestra relación fue conflictiva, que el tiempo que conviví con él estuvo plagado de disgustos: se ponía furioso cada que yo le pedía que hiciera algo de provecho, o cuando me burlaba de él porque se ponía talco en los párpados para que los ojos se le

vieran más grandes. Tal vez no debí insinuarle que a sus 19 años es normal y necesario hacer el amor. Es posible que se haya cansado de mi costumbre de pedirle algo a cambio del dinero que le daba. No lo sé, lo que a mí me importa es saber dónde está: no creo que una de estas razones, o todas juntas, o alguna otra que yo desconozca sea la causa de que Fabián se haya ido. Se fue y ya, se fue hace dos meses: era lunes, único día en que el gimnasio está cerrado; me dijo que se largaba con la misma naturalidad con que cada mañana se despedía de mí para irse a hacer pesas, pero esa noche no regresó. Supongo que esto no es definitivo, que tendrá que darse cuenta de que nadie más que yo daría los ojos por él. Lo extraño. No puedo dejar de quererlo, aunque sé que jamás habrá de darme nada que no sean deudas. Si supiera en dónde está lo buscaría para ofrecerle el uso irrestricto de mi automóvil y de todas mis tarjetas de crédito con tal de que volviera. Le prometería no entrometerme en sus asuntos y hasta renunciar a mis esporádicas salidas con mis amigos del trabajo. Le daría cualquier cosa, lo que me pidiera, aunque el coraje sacara chispas a los ojos de mis hermanas. A ellas qué les puede preocupar que Fabián haga o no ejercicio, se le aflojen los músculos o se le engruese el cuello. No pueden comprender mis sentimientos, pues para ellas Fabián es simplemente un sobrino.

LA SUERTE TIENE UN LÍMITE

Estamos saliendo de la zona de turbulencias,—anuncia el piloto— mientras las aeromozas, bamboleantes, depositan las últimas bebidas sobre las mesas de los pasajeros más nerviosos entre los que, obviamente, está mi marido. Por sexta vez un brazo uniformado está a punto de chocar con mi nariz. Fue espantoso. Yo jamás me habría dejado. Ni por mi tabique. Pero como siempre, fue mi marido quien ordenó que me hicieran la cirugía plástica. Sabe que estoy criticándolo mentalmente, por eso bebe todo el whisky de un trago y, como era de esperarse, me dice: Ya dejé de beber, Jessica, ya, ya... ¡siempre te doy gusto en todo! Para distraerme, trato de ver las luces, me encantan las ciudades de noche, cuando parecen maquetas... él baja la cortinita de plástico. Desde que le dije que me gustan las luces de las ciudades, escoge la ventanilla. ¿Estás contenta?, me pregunta con el tono arrogante de quien tiene los negocios en la cúspide. Quiere que le agradezca por enésima vez el viajecito. Pero yo no quería venir a Las

Vegas; hubiera preferido Nueva York. ¡Estás contenta!, ¿eh, Jessica?, insiste con su voz cascada. Mis labios contestan cualquiera de los parlamentos que lo dejan tranquilo. Por fin se calla. Y se me ocurre, no sé por qué, la idea de que en Las Vegas todos tienen buena suerte. No puedo evitarlo. Me imagino una ciudad prodigiosa en donde todos son felices, donde hay suerte hasta para los que se sienten como yo; la verdad, prefiero seguir hojeando esta revista repleta de anuncios de cosméticos.

Sé que vamos a aterrizar porque ya puso su mano regordeta y sudorosa sobre la mía: primer contacto físico desde hace meses, sin incluir el “contacto” que me envió a la plancha del cirujano plástico.

El hotel es lujosísimo, estilo griego. Voy a meterme a la tina. Hay sales, espumas, champaña. ¡Apúrate!, cenaremos con mis socios. Obedezco.

En uno de los recibidores del hotel nos encontramos con parejas idénticas a la que hacemos mi marido y yo: un hombre viejo, rico, con cuerpo flácido, toma de la cintura a una mujer joven, sin más patrimonio que un montón de huesos y músculos firmes, bien distribuidos. Hay una pareja que desentona: uno de los viejos se hace acompañar por su contemporánea: su primera esposa, una vieja cinco o seis años menor que él. No le toca la cintura. Caminan separados.

¡Las señoras no juegan, no es elegante!, ordena uno, ahumándonos con su habano la seda de los vestidos. Una de nosotras dice con esa voz aniñada y capricho-

sa que los hombres pagan por oír: ¡Ustedes ganen mucho para que nosotras tengamos para gastar! De inmediato su gordo la premia: le da un buen fajo de billetes de cien dólares. El mío se pone tenso, no le queda más remedio que hacer otro tanto. Tomo los dólares y sonrío. Ya sé que debo regresar por lo menos con el ochenta por ciento y con la explicación de que no vi nada digno de mi gusto.

Las parejas se dividen: ellos se van al mejor casino; ellas, comandadas por Evelyn, la más antigua en el mundo y en años de conocer Las Vegas, a un *show* de magia. ¿Quién quiere ir de compras?, pregunta y, sin esperar a que le contesten, agita una mano cubierta de joyas y maquillaje que disimula las manchas de la piel. Acostumbradas a que siempre sea otro quien decida sus destinos, todas abordan la limusina sin replicar. Jessica se entusiasma. Le gusta todo lo que tenga relación con la suerte. Desde luego, el mago no es un adivino que lee el tarot o el café turco; pertenece a la estirpe de los ilusionistas: Vean ustedes esta moneda —pide al público—, es la forma más simple de comprar un sueño, un secreto y, entonces, la moneda crece, reaparece transformada ante los ojos de todos, sobre todo de los de Jessica que por primera vez, desde hace tiempo, se interesa en lo que la rodea. Piensa en el tarot. Siente deseos de conocer su futuro, de saber si habrá otro hombre en su vida, otros viajes... El mago saca

un mazo de cartas: el tarot. Por supuesto, es parte de la secuencia, así está armada; pero Jessica insiste en establecer otras relaciones: fue ella, al pensar en el tarot, la causante de que el mago... y sí, él se aproxima. Claro que él debe ir a cada una de las mesas: es magia de *close up*; pero ella no lo sabe y no quiere saberlo.

Jessica observa a las bailarinas que parecen papagayos semidesplumados y recuerda, sin nostalgia, la época en que soñó con ser actriz de comedias musicales. La luz del escenario cambia de color: el mago va a despedazar a una de las bailarinas emplumadas. Sonriente, ella se introduce en un baúl; el mago abre y cierra compuertas: todos ven a la joven con el cuerpo perfecto: ni un solo gramo de grasa o celulitis; las curvas y las rectas se suceden logrando una armonía que por fin, para catarsis y dicha del público, es destrozada: el serrucho ha partido a la joven en dos. Aunque todos conocen ese acto, aplauden felices, especialmente Jessica que nunca vio a la muchacha sino que imaginó a su marido, primero en el baúl y luego en pedazos. La tinta —del color y la textura de la sangre— hace su efecto. Algunos de los espectadores ponen cara de repulsión. El mago saluda, la joven reaparece reparada, el marido de Jessica, por supuesto, también continúa vivo.

De pronto, cuando están a punto de irse, Evelyn exclama: ¡estuvo genial!, mañana volveremos con los señores. Jessica siente una esperanza en la boca del estómago:

en su puño cerrado apareció un papelito. No sabe en qué momento ni cómo fue a dar allí.

Para estas señoras, el *show* fue interesante, asombroso cuando mucho; para Jessica, fue un acontecimiento fatídico. Tarde y noche piensa en encontrarse con el mago, en pedirle un favor.

El mago duerme de día. Sueña que aparece minúsculo en la retina de unos formidables ojos negros que miran como si pidieran auxilio. A causa del número que anotó en un papelito, suena su teléfono. Él responde en español, porque no ha terminado de despertar; Jessica piensa que esto es obra del destino y se alegra, pues domina el inglés tan bien como a su esposo. Soy yo, dice, y el mago entiende. Se la imagina con una bata de baño, fingiendo que habla a *room service*, mientras su dueño remoja sus flácidas carnes en el agua perfumada de la tina. ¡Apúrate, Jessica!, exige el gordo. Y el mago alcanza a decir: en el bar del *lobby* del hotel Flamingos a las 12. Sí, no olvide los jugos de naranja, responde ella.

A las 12 del día, el mago no es el mago. Es como encontrarse con una estrella de cine en una farmacia de descuento. En cambio Jessica sí es la misma. Incluso es mejor a plena luz: su piel morena clara se ve más suave; su cabello negro, lacio, le brilla desde el fleco hasta la cintura. Su encanto es natural, a excepción de la nariz: está operada —piensa el mago—, que siempre ha querido una mujer como ésa y que, aunque está pasan-

do por una racha de buena suerte, sólo puede tenerlas como público o por un rato, como ahora. Y es que la magia, a pesar de que roza lo sobrenatural, nunca transforma realmente el cobre en oro.

—¿Ese número, el del serrucho —pregunta ella titubeante—, puede interrumpirse?

—¿Cómo?, ¿en qué parte? —pregunta él un tanto sorprendido de que ella quiera enterarse del aspecto técnico del *show*.

Ella sonríe nerviosa. Calla. Él la anima:

—Explícame —pide y hace un gesto de estar interesadoísimo.

Jessica se atreve:

—¿Podría ocurrir que el cuerpo cortado no fuera reunido?

—¿Qué?, ¡ah!, sí, sí —se ríe—, eso se hizo en Francia, en el Gran Guiñol.

—¿Pero sí murió la persona?

—¿Qué persona?

—Cualquier persona, digo, ¿cualquiera podría morir así, en el escenario, sin que nadie... o sea que la gente pensara que es parte del *show*?

Se miran. Ella cruza las piernas. Él no pierde ni un instante el desplazamiento: lo sigue atentamente: el zapato negro de tacón se eleva, luego traza medio círculo frente a la otra pantorrilla y se detiene a 30 centímetros del piso del bar, entonces se agita en el aire, en la

cama del mago, donde él imagina a Jessica desnuda, sin medias, sólo con los zapatos de tacón. Él traga saliva.

—¿Cuánto tiempo estarás en Las Vegas?

—Quedan dos días —responde con una vocecita que hace recordar a las princesas que eran capturadas por dragones.

Cuando Jessica mira el reloj, el mago siente —como en cada día de su existencia— que él, su persona, carece de atractivo, que es la magia el imán que atrae a los otros, y lo reconoce. Saca una baraja americana y le pide a Jessica que elija una carta. Ella toma una reina de corazones y la esconde entre ambas manos. ¿Fue ésta?, le pregunta desplegando con maestría el mazo: todas las cartas se han convertido en reinas de corazones ante la vista de la gente que se acerca admirada. Jessica se alegra. Olvida su prisa. Durante los veinte minutos en que el mago hace un truco tras otro, ella no ve el reloj. Cuando él se detiene para tomar un trago, ella recuerda que tiene un marido y quiere irse; pero él la detiene:

—Yo puedo cambiar tu destino.

—¿Sí? —murmura ella dulcemente—, ¿de veras lo harías por mí?

—Siempre y cuando tú hagas algo conmigo...

Jessica agita el cabello. Se imagina viuda, libre, salvada por un baúl, un serrucho y un par de espadas: por

un mago que... total, no será más desagradable que con mi marido, piensa ya en el elevador.

El mago no hace nada fuera de lo común. Ninguno de sus movimientos es como para merecer un premio o un contrato. Sólo piensa en sí mismo; en cambio Jessica piensa en su esposo. Y por primera vez al pensar en él se siente feliz.

En el hotel estilo griego, el marido de Jessica discute con las esposas de sus socios.

—A una persona no se le olvida como a un paquete —dice colérico.

Un botones le acerca un teléfono inalámbrico, él lo toma de mal modo.

—¿Dónde estás? Hace media hora que ellas llegaron... Está bien, está bien —grita; cuelga el teléfono y ordena que un taxi vaya a recogerla a tres calles del centro comercial en donde, según Jessica, estuvo esperando a las otras.

—Dijo que estaba mirando un escaparate y que ustedes se fueron.

Ninguna lo contradice. Tampoco hacen comentarios entre ellas.

Es de madrugada, alrededor de una mesa de ruleta, mucha gente contiene la respiración, entre ellos, desde luego, está mi marido: ha colocado veinte fichas rectangulares de 500 dólares. Sus dedos chatos y rojizos tamborilean sobre su encendedor de oro. Ojalá que pierda,

ojalá que pierdan todos. ¡Maldita suerte! ¿Por qué siempre estás con los ricos? ¿Estás contenta!, ¿eh, Jessica? Tu marido es un triunfador, chiquita. Detesto que me diga chiquita. Ahora nos toca festejar. Va a querer que vayamos al cuarto a que yo le...; pero no, al parecer la suerte no me abandona por completo: vamos a otro casino.

En Las Vegas, salvo a la intemperie, todos los días y las noches son iguales. En cualquier momento se puede beber, jugar, ver un espectáculo. Los hoteles, con sus casinos y bares, lucen exactamente igual a cualquier hora. No es difícil perder la noción del tiempo: hace mucho —quién sabe cuánto— el marido de Jessica está perdiendo en la ruleta. Pero no deja de apostar: no quiere que la suerte decida aparecer cuando él no esté jugando. Sigue y sigue. No baja la apuesta. Pero no tendrá éxito: él lo comprende cuando ha dejado ya sobre la felpa verde de la mesa una cantidad inmisericorde. Está deprimido, muy deprimido: no perdió ni el dos por ciento de su fortuna; pero no soporta perder. Observa a su esposa. Tú me has costado más, le dice con rencor. Ella suspira.

El destino, que según Jessica todo lo determina, los ha llevado precisamente al bar en donde actuará el mago. Ella prefiere no recordar las causas materiales: fue Evelyn quien decidió que volverían. Ahora el mago no está allí; en cuanto termine su *show* en el Fitzgeralds

se desplazará, descansará quince minutos en el camerino y se acomodará en un segundo piso, en la tarima que han puesto sobre el escenario. Verá a Jessica con el invariable grupo de parejas mexicanas y, por supuesto, al lado de su esposo, quien a causa del whisky se encuentra cada vez más aturdido.

—Ese mago está de moda, o cada vez están peor los espectáculos aquí —se queja uno de los socios, el esposo de Evelyn.

Se trata de un número de escapismo, al modo del gran Houdini. En el centro de la pista, una pecera vertical, gigantesca, recibe al mago que cae al agua desde el segundo piso, cubierto de cadenas. Tiene tres minutos para liberarse. Algunas personas están angustiadas; otras platican indiferentes: he visto mil veces ese truco por televisión, dice el socio ahumando las palabras.

Ahora aparece otro mago: un cómico. La gente ríe. Jessica no presta atención, está tratando de adivinar cómo hará su mago para que el marido entre al baúl, no tanto por el ancho: ya le prometió resolver ese problema técnico, sino porque el marido no es del tipo de gente que se presta a participar, entonces... tal vez lo hipnotice. Ni por un segundo se le ha ocurrido que el mago no cumpla. Está convencida de que siempre que pone su cuerpo entre un hombre y algo que ella desea, el hombre hace lo esperado. Bueno, así le sucedía siempre antes de casarse.

Cuando el mago, su mago, hace girar el baúl vacío ante la vista del público, Jessica se entusiasma. Todo ocurre como ella quiere: él no le pide a su ayudante que se introduzca en el baúl, sino que solicita un voluntario mientras se dirige, obviamente, a donde está Jessica. El mago invita al marido, quien titubea. El whisky lo anima. Los labios pintados de rojo insisten: ¡tienes que hacerlo! El marido de Jessica sube. El mago piensa en el Gran Guiñol y se esfuerza: mueve los hilos capaces de crear durante un instante esa realidad ficticia que se toca con los ojos; logra que todos los presentes juren haber visto al hombre gordo entrar al baúl y ser cortado. Del serrucho gotea un líquido del color y la textura de la sangre. Jessica, acostumbrada a que alguien más perfile su futuro, espera impaciente que corran el telón. Casi se siente libre, dueña de su destino cuando el mago, que pertenece a la estirpe de los ilusionistas, concluye su número de cirugía psíquica; entonces trueca los dedos y devuelve al marido a la vida, a la vida de Jessica.

COMPRAS DE ÚLTIMA HORA

Con más deseo de venganza que de placer, la señora Velázquez se aproximaba al “Supercito”. Había dejado su camioneta en un estacionamiento público, segura de que se dirigía a un lugar más público aún. Sin embargo, al introducirse con incomodidad en el paraíso prometido, sólo encontró estantes con latas, víveres frescos y una caja registradora detrás de la cual había un gran espejo en el que se reflejaba una mujer madura, poblana y resentida. Era ella, lamentablemente era ella. Miró su cara: a través del compacto maquillaje las gotas de sudor luchaban por salir. Y su vientre —al que nunca concedió la reparación de la cirugía plástica a pesar de los siete embarazos— resultaba más voluminoso que sus nalgas, tan firmes y bellas en otro tiempo. Y eso por no hablar de las várices, la carne celulítica y los pechos, tan caídos como su ánimo. Eso era lo peor. La rabieta de ir a la ciudad de México —porque en Puebla no hay negocios donde cometer esa clase de venganzas— no era por haber descubierto que su

marido (mucho más viejo y decrepito que ella) tenía una amante jovencita. Esa muchacha no había nacido aún cuando ella empezó a perdonarle las “debilidades del cuerpo” al señor Velázquez. Sin despegar los labios, había expulsado con agua y jabón cantidad de labios ajenos de todos colores de las camisas de él para que Lupe, la sirvienta de la casa, no los viera. Se había fingido tonta y débil visual con la esperanza de que la vejez traería la tranquilidad decente que tanto anhelaba; pero precisamente a causa de la vejez, a su marido le resultaban agotadoras las idas y venidas a la ciudad de México, por lo que había decidido poner su casa chica en las afueras de Puebla.

—¿Está buscando algo especial? Si lo que desea no está a la vista, pregúnteme por favor —dijo la cajera con tono de Santa Claus para adultas.

—Pues sí, señorita —murmuró avergonzada la señora Velázquez—. Me habían dicho que...

—¿Servicio normal? Tenemos masajes y tinas romanas por hora. ¿Tarjeta de crédito o efectivo?

—Ya no me haga tantas preguntas, porque me voy a arrepentir.

—¡Cómo va a ser eso! Acompañeme por aquí —pidió la cajera tomándola del brazo con un gesto tan amable que bien podría confundirse con cariño de nieta.

La trastienda resultó ser una especie de club deportivo con baño de vapor, sauna, sala de estar y T.V. con

antena parabólica. Lo primero que vio la señora Velázquez fue un álbum de fotos con pretensiones de catálogo; después, una recámara. La decoración era moderna, casi alegre; todo estaba limpio como hospital, elegante como hotel de lujo, acogedor como se desea la propia casa. Por lo menos no hay espejos, pensó ella, sin quitar la vista de la cama que exhibía una honorabilidad inexplicable, como si su destino fuera recibir cuerpos cansados que no harían otra cosa que dormir. El muchacho de la foto no estaba allí, acostado, desnudo, contoneando la lengua y el dedo índice para invitarla a acercarse, como temió la señora al abrir la puerta.

—Hola —sonó una voz masculina—. ¿Quieres bañarte conmigo? —preguntó entre sensual y suplicante.

La señora Velázquez lanzó una mirada rápida, cargada de curiosidad. La voz no correspondía a la foto. El muchacho tampoco correspondía a la foto. No era musculoso ni guapo; ni siquiera tenía el color de piel que ofrecía el catálogo. Éste era blanquísimo, tan tristemente blanco que con sólo verlo uno comprende que si acaso conoce la luz bronceadora de las playas es porque la ha visto en la oscuridad del cine.

—Empezamos cuando quieras —dijo él, impaciente.

—Primero que nada, no me gusta que la gente más joven que yo me tutee —se atrevió a sentenciar la señora Velázquez—. Y segundo... ¡Ay, Dios mío!, pero si eres

como de la edad de mi hijo más chico. Deberías estar en la escuela. ¿Por qué andas en esto?

—Por dinero —dijo él secamente.

La respuesta —exacta en su relación con la verdad, pero cínica por el tono en que fue dicha— lastimó a la señora Velázquez. Mientras ella elaboraba en silencio su perturbación, él se quitó los zapatos, el pantalón y la camisa. Con su minúsculo calzoncillo tipo tanga, se tendió sobre la cama a fumar.

—¿Quieres que te desvista? ¿Apago la luz? ¿Estoy aquí para complacerte!

Sin alzar el rostro ruborizado como un betabel, la señora Velázquez jaló una silla y se instaló al pie de la cama en la actitud de quien visita a un enfermo.

—Cúbrete con la sábana —pidió.

—¿Querías desvestirme tú?, digo usted, ¿usted quiere desvestirme? Me pongo la ropa... Por mí no hay problema.

Con la dulzura condescendiente que empleaba para enseñar religión y primeros auxilios a las mujeres indígenas recién llegadas a Puebla, la señora Velázquez le habló del bien y del mal, de los peligros de esta vida; del dolor que iba a causarle a su pobre madre si ella se enterara...

Él, con fastidio pero ya sin impaciencia, fingía estar atento. Comenzó por recordar la letra de una canción y tararearla mentalmente; siguió con la imagen del cuer-

po de su novia y con el examen de Derecho Administrativo al que debía presentarse al día siguiente. La voz, que él juzgó más senil y más monótona cada vez, viajó por los pasillos de su conciencia hasta reunirse con otras voces que —al parecer— pagaban por dar consejos. Ganar el dinero no siempre era tan fácil. Algunas mujeres, en vez de hablar, preferían oír: oír miles de veces que eran bellas, amadas, insustituibles; otras simplemente exigían el cumplimiento frenético de lo que habían ido a comprar.

Al salir del “Supercito”, la señora Velázquez volvió a caer en el desconcierto: la cajera le extendió amablemente dos bolsas llenas de comestibles y la invitación a que, en su próxima visita, llevara la lista de compras para que pudieran surtírsela con las marcas de su gusto. Ni remotamente sospechó que le fueran a hacer el super. El mundo estaba lleno de misterios: el más inaccesible para la señora Velázquez era cómo lograba su marido vencer el deseo de redimir al prójimo, más bien a la prójima, cada que se hallaba en circunstancias semejantes.

LA VENGANZA DEL PENÚLTIMO

Ricardo era un imbécil y para su desgracia lo entendía. Si hubiera nacido con dos gramos menos de materia gris, habría tenido una existencia llevadera, pues la causa de todos sus sufrimientos era precisamente ese pilón intelectual con el que la naturaleza lo había dotado: de ahí surgían sus ambiciones y su irrefrenable deseo de descollar. Como no lograba sustraerse a la tentación de sobresalir, y como cada intento concluía en fracaso, se había ido amargando: su carácter estaba compuesto por los rasgos que imprimen la envidia y el resentimiento.

Desde niño sintió un odio criminal hacia cualquier persona a la que le salieran bien las cosas. No hacía distinciones: le ofendía tanto que el hijo de un vecino ganara un torneo de canicas, como que un beisbolista rompiera el récord de carreras en las grandes ligas. Le dolía lo mismo si el triunfador era un pariente o un extraño, si era hombre o mujer, blanco, negro o amarillo; si se trataba de una victoria doméstica o internacio-

nal, pues no tomaba en cuenta el grado de dificultad ni el tamaño de la proeza, sólo se fijaba en que alguien se había propuesto algo y lo había conseguido.

Jamás supo lo que era la amistad: jamás le fue posible deponer las diferencias que lo separaban de las pocas personas que en distintas etapas de su vida se le acercaron con ese propósito. Pero como para tener enemigos no hace falta ni siquiera que ellos estén enterados, los tenía en abundancia: entre los políticos, los jefes religiosos, los caciques ejidales, las estrellas de cine y los héroes del deporte. Cuanto sujeto se asómaba por la pantalla del televisor se convertía de inmediato en enemigo suyo; además estaban, por supuesto, todos aquellos con quienes convivía en el trabajo, en las salas de espera de los consultorios médicos u oficinas públicas, en la calle y hasta entre los invisibles habitantes de los numerosos multifamiliares que atestan la ciudad de México. El único lugar en donde Ricardo se sentía seguro, y eso siempre y cuando la radio y la televisión estuvieran apagadas, era su departamento: ahí nadie lo mortificaba: vivía solo con su esposa Natalia. Ella era una mujer inofensiva, casi analfabeta, a quien él soportaba porque no le había provocado ningún disgusto en 20 años de matrimonio: ella era la encarnación de la duda y el lamento: podía pasarse una mañana completa tratando de decidir si un guisado debía servirse con la cebolla picada o en rodajas y, sin importar cuál fuera

su elección, de inmediato le sobrevénía un ataque de arrepentimiento con la respectiva secuela de recriminaciones.

Un día, Natalia no resistió más: la tristeza se apoderó de su ánimo, ya no pudo soportar la tensión que le provocaba el sentirse obligada a realizar con acierto sus quehaceres y, en un arrebato, se quitó la vida: apagó los pilotos de la estufa, abrió todas las llaves y metió la cabeza en el horno.

Después del sepelio, Ricardo se encerró en su casa. Durante varios días no comió ni durmió: estaba intranquilo por no hallar una razón para el suicidio de Natalia. Porque eso sí, ese fallecimiento no había sido un accidente. Luego de horas y horas de arduas reflexiones, Ricardo llegó a la certeza de que su esposa se había dado muerte por mano propia. Lo que no le quedaba claro, por más que estrujaba sus dos gramos extras de materia gris, era el motivo. Así pasó una semana sin que encontrara una explicación lógica para resolver el enigma. Estaba a punto de admitir que la decisión de Natalia sería una más de las eternas incógnitas a que su débil mente lo condenaba, cuando de pronto, en plena noche, se hizo la luz en sus neuronas: Natalia no era distinta del resto de sus enemigos: se había suicidado para molestarlo y, peor aún, para perjudicarlo. Le pareció que el motivo era transparente: quién sabe cómo, ella había logrado percatarse de

que su limitadísimo cerebro la situaba en el último peldaño de la jerarquía de los seres racionales: era la más imbécil y se había suicidado para hundirlo, pues a él y a nadie más que a él había heredado el último puesto. Ricardo se sintió desesperado. Sin Natalia la existencia se le volvió más agobiante: ella había sido su único asidero, su única tabla de salvación. El odio que la gente le inspirara desde niño se recrudeció. Tenía la impresión de que, salvo a él, la vida dejaba que todos se salieran con la suya. Quería castigarlos. Pero planear una venganza no era fácil. Se le ocurrió que una forma de acabar con la humanidad sería una bomba, pero no sabía cómo hacerla o en dónde comprarla y, al parecer, el asesinato de uno en uno era más complicado todavía.

Sin embargo, meses después, con la cabeza metida en el horno de la estufa, Ricardo respiraba satisfecho: había encontrado la fórmula ideal para efectuar su venganza. Pensaba, mientras se iba envenenando con el gas, que ninguno de sus enemigos tendría escapatoria ahora que el suicidio progresivo se había desencadenado: en poco tiempo no quedaría nadie en el mundo: cada quien heredaría a su inmediato superior la humillación de ser el más imbécil.

EL OFICIO BIOLÓGICO

Siempre tiene que meterse en lo que no le importa; como está amargadísima, a mi papá no le gusta verla ni en foto. Ojalá fuera ella la que se largara todo el día a trabajar y papi el que estuviera aquí en la casa. No me voy a cambiar de ropa, ni tampoco voy a cerrarme los botones, el chiste de esta blusa es que se vea el ombligo, así es la moda, me contesta la muy majadera, no sé cómo se volvió tan respondona. Claro que los adolescentes tienen cambios de temperamento, pero se supone que yo me maté para educarla... y ahora, ¡milagro!, su mejor amigo es su padre, que jamás se ha ocupado de ella, porque la que renunció a una vida profesional por ti fui yo, Marianita, no tu padre; fui yo la que te cuidó las paperas, el sarampión y cuando te rompiste el tobillo jugando en la avalancha, yo la que te lleva siempre a las clases de balé, y al ortodoncista, y todo para que ahora me levantes la voz; pero ya tendrás hijos, Mariana, me grita cuando voy saliendo con papi; no sé por qué no se inventa me-

jores amenazas, yo no le pedí que fuera mi chofer; por mí que me saque de las clases de balé y sobre todo que me quiten los frenos, ay cómo me gustaría que me quitaran los frenos, estoy segura de que los besos saben mil veces mejor sin aparatos.

Se porta así, porque la has consentido mucho, Paloma, qué cambios de personalidad por la adolescencia ni que un comino, si yo te hubiera llevado a terapia cada que te portabas mal, nunca habría tenido tiempo para tejer ni para bordar, ni para quejarte día y noche de que papá te engañaba con otrás, porque a la que le habría venido bien una terapia, con todo respeto, era a ti, mamá, ¿por qué le aguantaste que tuviera otra familia?, que mi abuela te tratara con la aguja del tacón, porque ojalá te hubiera tratado con la punta del pie... ya sé que a ti no te parece que Mariana vaya a la prepa, pero es que yo quiero que ella tenga otra vida... que elija libremente, no como en esas familias en que si el padre es comerciante, lo mismo les espera al hijo y al nieto; de verdad que no entiendo esa manía de heredar el oficio. Yo quiero que Mariana tenga una carrera, que tenga una profesión para que nunca la ejerza, ¿verdad?, para que siempre esté como tú, Paloma, con la cantaleta de que desperdició su vida, de que ser ama de casa le parece poca cosa. En mis tiempos, ser ama de casa era mucho, era ser toda una señora; pero ahora el mundo está de cabeza, ya nadie ocupa el lugar que le co-

rresponde y sólo se inventan tonterías como esa carrera que tú estudiaste: licenciada en relaciones internacionales, ¡pero mijita!, cuándo has visto que una persona diga: necesito una licenciada en relaciones internacionales; por Dios, Paloma, la gente necesita médicos, abogados, dentistas, cosas útiles, no porquerías como ésa que tú estudiaste, ni siquiera puedes trabajar en la ciudad, dizque necesitas irte a otro país. Para ser madre no hay que cambiarse de país, eso podrías decirle a tu hija en vez de estar alentándola para que estudie, ¿por qué no le sugieres que escoja la carrera de historia?, de seguro para ejercer esa basura hay que irse a otra época.

Creo que voy a escoger área uno, me gustaría estudiar ingeniería como mi papi; dice que puedo aprovechar todo lo que él ha conseguido con los años, los contactos, la experiencia; lo único malo es que Emilio se va a otra área y yo no puedo vivir sin él, lo adoro, está guapísimo, además es superinteligente, no es que yo lo diga, fue el más alto en la prueba del domínó. Dice la psicóloga que debemos reflexionar sobre nuestra vocación, que pensemos cuáles son nuestras cualidades y, también, que nos imaginemos lo que vamos a hacer el resto de nuestras vidas, que busquemos en nosotros mismos porque adentro de cada quien está la respuesta.

Más me habría valido no buscar dentro de mí. La prueba salió positiva. No sé cómo se lo voy a decir a

mi papá; no quiero ni pensar en lo que Emilio quiere que hagamos. Estoy muy triste, no tengo ganas ni de moverme y mañana es el examen de biología.

Esta niña está peor que nunca, la crisis de la pérdida de la infancia la tiene muy descontrolada; se me hace que voy a telefonar al doctor. La noto tan irritable que de seguro ha de estar menstruando, si se lo pregunto me mata; qué manera de desperdiciar la juventud, ni siquiera sale con sus amigas, se la pasa en su recámara; no soporto verla encerrada; no se entusiasma por su futuro, y por más que le explicó los campos de trabajo de las nuevas profesiones no me pone atención, ya hubiera yo querido que mi mamá me comprara una guía de carreras, que se portara conmigo como yo con Marianita, que siempre estoy de su lado, que jamás la obligaría a estudiar relaciones internacionales, porque eso fue lo que yo elegí; en cambio Jorge quiere que sea igual que él, bien que trata de convencerla de que estudie ingeniería.

En mis tiempos las mujeres no estudiaban ingeniería, teníamos un hijo cada año y los educábamos perfectamente. A tu edad, Marianita, yo ya estaba esperando a tu tío José Luis, y a la edad de tu mamá tenía a mis ocho hijos. A mi edad yo también sé lo que es estar embarazada, y no lo repito millones de veces. Mi abuela no sabe nada. Ay, cómo me gustaría que en vez de preguntarme de sociología, me hicieran examen de las san-

deces que dicen ella y mi madre. Me las sé de memoria... Aunque papá piensa que podríamos ir a Estados Unidos a..., mamá dice que voy a tenerlo, que me voy a quedar encerrada a cuidarlo, para que aprenda. Está furiosa, llora y me grita que cómo le fui a hacer eso después de lo mucho que se ha sacrificado por mí. Yo lo que quiero es estar con Emilio. Lo peor de todo es que papá no quiere volver a verlo en la casa.

EL MARIDO PERFECTO

Sobre los aislados mechones de pelo hirsuto, Josefina se colocó las peinetas con extensiones de cabello recién compradas en París. Entretejió las hebras ajenas con las propias y lanzó un suspiro. ¿Por qué si tengo veintisiete años parezco de cuarenta?, se preguntó indignada. Cada que debía asistir con su papá a una fiesta de negocios era lo mismo. No había diseñador capaz de disimular esa corcova: la montaña cervical se destacaba incluso debajo del cabello. Jamás he podido lucir un chongo... ¡quiero morirme!, exclamó como si estuviese en un escenario, aunque se hallaba ante un público constituido exclusivamente por la nana quien, acostumbradísima a semejantes escenas, esperaba silenciosa con el estuche de las joyas entre las manos. Josefina tomó el aderezo de rubíes que —según la recién inventada historia familiar— había pertenecido a su madre, y se lo puso.

Cuando la nana fue a avisarle a don Ignacio que “la niña” lo llamaba, él subió pacientemente cada uno de

los 34 peldaños de la escalera *art déco* que hacía juego con dos lámparas inservibles, pero no con el mobiliario, ni con la arquitectura colonial, ni mucho menos con las inmensas cortinas de tafetán morado con verde. Le habían dicho a don Ignacio que el arte era buena inversión, por lo que compró numerosas obras de las que no sabía nada a excepción del precio. Hizo instalar un sistema de alarma; pero como nadie le sugirió que contratase a un museógrafo, la casa era una atiborrada bodega de anticuario.

Nacho Sánchez, ahora don Ignacio S. Valtierra, era viudo y nuevo rico. Había logrado hacer varios milagros en la multiplicación del dinero; pero no se le ocurría cómo contentar a su hija. Ya le habían operado las orejas: demasiado grandes y libres; también la nariz: Josefina quiso tenerla exactamente igual a la de la legendaria Lady Diana. Pero a pesar de estas cirugías, la situación estética de la hija no mejoraba.

He hecho todo lo posible por cumplir tus deseos, afirmó don Ignacio más para sí mismo que para su adorada niña que seguía sufriendo a causa de sus desencantos corporales. A don Ignacio no le cabía duda de que era el único responsable de esa ausencia absoluta de belleza; hasta la humedad de los pies —que tantos podiatras habían medicado inútilmente— era parte de la herencia que él le había otorgado y que, evidentemente, la tenía furiosa. Con la torpe intención de conso-

larla le dijo: Podemos pagar al mejor artista de México para que pinte un retrato de tu madre, pero no podemos revivirla para que te enseñe a conseguir marido. Porque la mamá de Josefina había nacido pobre, pero muy bien hecha. La niña, en cambio, no había sacado ni su carácter ni su estampa; era cabezona, velluda (únicamente de los antebrazos) y tosca. Para colmo era lerda: ni las mejores profesoras habían podido hacer que levantara la cabeza al caminar, que no arrastrara los pies, que se sentara en el sillón de la sala como si fuera la dueña. No pertenecía a la clase de personas que compensan la fealdad con la simpatía: tenía el carácter tan disparejo y desagradable como la decoración de su casa. Con tal de poner término a esas lágrimas, y también para irse a la fiesta antes de que fuera hora de regresar sin ningún negocio hecho, don Ignacio le prometió que le conseguiría un marido.

Esa misma semana comenzó la búsqueda. Gilberto Gutiérrez era un hombre de clase media, que aspiraba a ser novelista. Lo contrataron como profesor de francés. Él se sentía satisfecho, pues había sido testigo de la numerosa concurrencia que el anuncio del periódico había convocado. Nunca se imaginó que no fueron sus buenos promedios, ni su flamante título de licenciado en letras francesas, sino su apariencia física, exclusivamente, la razón por la que había vencido en la contienda por ese trabajo tan bien pagado.

Gilberto no era alegre como *La primavera* de Vivaldi, pero poseía el solemne encanto del *Valse Triste* de Sibelius. Andaba por los treinta y cinco. Tenía los ojos verde trópico y los dientes perfectamente alineados. Su cuerpo no era atlético sino esbelto, pues hasta ese día había sido un auténtico intelectual mexicano, de esos que prefieren la bebida a la comida y que —ignorantes de la tradición clásica ateniense— huyen del ejercicio físico por precepto.

¡Está chulísimo!, aulló Josefina desde lo alto de la escalera, cuando su padre le mostró al muñeco que ella podría tener en su cama matrimonial estilo Segundo Imperio si tenía paciencia y no estropeaba los planes.

Sin sospechar que lo habían rentado con intenciones de compra, Gilberto se esforzaba en la docencia. Josefina también se esforzaba aunque no por aprender, sino por contener sus manos: quería acariciar a Gilberto; quería ponérselo encima inmediatamente como hacía con los abrigos de visón.

Tan intensivo esfuerzo: tres horas diarias los siete días de la semana, culminaba con un agasajo gastronómico en compañía de don Ignacio en el comedor estilo rococó. Gilberto jamás lo rechazaba: cómo preferir los guisados diminutos y corrientes de la comida corrida universitaria a los camarones gigantes, las langostas y los buenos vinos. Aquí le servían en vajilla de Checoslovaquia y copas de cristal de Bohemia; allá, le to-

caba hacer fila con una charola de plástico a la que un mozo sucio pasaba un trapo igualmente sucio.

En cuanto cobró su primera quincena en la nómina de uno de los negocios de don Ignacio, Gilberto abandonó sus empleos en tres universidades particulares con la misma facilidad con que dejó el comedor universitario. La vida de maestro de asignatura no era fácil: pasaba treinta y cuatro horas por semana entre un pizarrón y un grupo de adolescentes ricos que no lo oían, porque sólo se quitaban los audífonos para ponerse el teléfono celular, y el resto del tiempo era eso precisamente: resto: residuos inservibles, rebabas de una miserable existencia poco propicia para crear una obra literaria.

Luego de un mes resultó conveniente —según don Ignacio y sólo porque Gilberto era ya como de la familia— que las clases de francés cambiaran de sitio. Durante diez días no se darían en “el salón de las artes” —así le llamaban a la habitación donde estaba el piano de cola (otro objeto suntuario de la casa)—, sino en París. Ese viaje era parte del material didáctico. Gilberto no podía creer su extraordinaria suerte. Por fin recorrería el Museo del Louvre, los puentes del Sena, tan imaginados por él luego de lecturas y relecturas de sus novelas francesas preferidas. Pero no fueron al Louvre, sino a las tiendas de ropa de Champs Elysées; no asistieron a la Ópera, ni siquiera a un lugar tan turístico como Los inválidos, a donde Josefina no

había ido en ninguno de sus viajes anteriores, pues no le importaba quién era Napoleón, ni mucho menos ver su tumba.

Lo único que esta Josefina tenía educado era el paladar. Así que Gilberto conoció exclusivamente restaurantes y tiendas. Ya había empezado a odiarla por esa forma miserable y mezquina de andar por París, cuando ella lo llevó a una joyería y le obsequió un reloj de oro puro. Gilberto vio en ese regalo una simbólica anticipación: ahora el tiempo —que siempre había sido su peor enemigo— valía oro. Jamás, en los casi diez años que había trabajado como profesor, había tenido para él un concentrado de horas no esclavizadas, tan indispensables para escribir. Ahora que no revisaba tareas, ni calificaba exámenes, ni asistía a juntas ni preparaba clases, iba a dedicarse a la novela.

Y para que puedas escribir tus obras de arte, te he comprado una maravilla, le dijo don Ignacio con extrema voluntad teatral cuando “los enamorados de París” estuvieron de vuelta en México. Gilberto abrió su regalo de bienvenida: una computadora para que escribas tus novelas y, tal vez, por qué no, la historia de mi vida, agregó don Ignacio, y comenzó a contar anécdotas insulsas que calificó de dignas de los mejores libros. Brindaron por la computadora, por París y porque Gilberto —con el juicio a temperatura de caldera a causa de la concentración de grados Gay Lus-

sac— aceptó ser el marido de Josefina. El nombre de Gilberto desapareció de la nómina. Cómo iba a ofendersele con un salario... Josefina lo llevaba de compras. Le prestaba el coche, aunque más frecuentemente se le permitía usar otro de los automóviles de la casa, con chofer y horario. Al principio, ella le daba dinero; pero con el paso de los meses el subsidio disminuyó hasta casi desaparecer. El ex profesor necesitaba condiciones especialmente favorables tanto para el sexo como para escribir novelas. La computadora se quedó de adorno. Gilberto fue trasladado a uno de los cuartos de huéspedes. Dejó de ser delgado. Dejó de leer en francés. Dejaron de hacerle caso. Pronto se convirtió en una especie de escultura de George Seagal: era una figura masculina silenciosa y quieta, con un vaso de whisky en una mano y el control remoto de la televisión en la otra. Se volvió parte de la casa como el piano de ornato y las lamparitas *art déco* que no encendían.

Josefina seguía haciendo sus viajes de compras a París; seguía acompañando a su padre y seguía colocándose las peinetas con extensiones de cabello. La nana aguardaba silenciosa, como de costumbre, la orden para acercarle las joyas, el abrigo, los zapatos. Fingía no oír la conversación entre don Ignacio y la niña que ahora estaba más encaprichada que nunca. Mientras entretejía las hebras de cabellos ajenos con los propios para cubrir el “detalle cervical” hacía su nueva petición en-

marañada con quejas y reproches. Aunque don Ignacio no estaba completamente de acuerdo, accedió: quería irse a la cena de negocios y, principalmente, deseaba poner fin a la enésima pataleta a causa de la joroba, por lo que le prometió que, ahora sí, le conseguiría un amante.

EL CLUB DE LA AZOTEA

—**B**ajen ese domo —gritó la señora Lupita mientras se cubría el cuerpo enjabonado con una toalla de flores que el chorro de la regadera empapó inmediatamente.

Por el rectángulo de cielo recién abierto en el techo del baño, asomaban dos pares de ojos infantiles y una frente pequeña sobre la que se agitaba un fleco lacio de color café.

—¡Vuelvan a poner el domo, escuincles desgraciados!

Ninguno obedeció. Corrieron entre los tanques de gas, esquivando las mortales azotehuelas, las antenas de televisión y los cables que manchaban todo con su óxido; se descolgaron por la escalera que daba al patio de la casa de Araceli y, después de recibir a Lalo que era muy pequeño para saltar solo, y de bajar el *switch* de la luz para que no pudiera verlos el esposo de la señora Lupita, se escondieron junto al refrigerador.

—¿A él nunca lo han visto? —preguntó Lalo.

—Sólo en el excusado —dijo Araceli y las carcajadas no se hicieron esperar.

En cambio, el esposo de la señora Lupita sí se hizo esperar: no estaba de humor para vestirse e ir a una casa donde jamás hallaba a un maldito adulto con quien quejarse.

Para Marcela y Araceli, todos los días eran idénticos: meterse al jardín de la casa abandonada a cazar chapulines o a mirar la transformación de los ajolotes en el agua verdosa de los charcos; pasársela jugando avión o escondidas en su club de la azotea: un solitario cuarto de servicio situado al final de su territorio, en el límite de esa geografía gris de tendederos y tanques de gas, que era casi el paraíso.

Pero esa tarde ellas no querían estar en el club, sino en la calle mirando lo que parecía ser una casa en obra negra.

—Ahora sí vamos a entrar a los cuartos de la casa abandonada —le dijo Marcela en secreto a Araceli, quien veía en esa construcción la azotea que tanto necesitaban, el puente indispensable entre sus dominios y la casa abandonada y, por eso, aunque unos perros se pusieron a copular a media calle, Araceli y Marcela no se rieron, ni se sonrojaron, ni se dieron de codazos como otras veces.

—¿Hasta qué horas empieza el juego? —se quejó Lalo.

—Nosotras vamos a hacer un plan —dijo Araceli—, tú vete.

—Si no me dejas quedarme te acuso con mi mamá.

—Si tú me acusas, yo le cuento que te castigaron toda la semana sin recreo por burro. ¡Ay, Lalo!, ya lárgate con los niñitos de tu edad, ¿no ves que queremos estar solas?

Y Lalo, con la capa de *batman* que sus abuelos le acababan de regalar por su cumpleaños, se fue a la banqueta de enfrente, a ver a los niños que jugaban a las canicas y que no le permitían participar porque siempre andas con viejas, maricón.

Los albañiles fueron vigilados por Marcela y Araceli durante muchos días, tantos, que casi se llenaron las páginas de ejercicios de los libros de texto, los últimos de la vida, pues en secundaria no hay libros de texto, ni tareas, ni horarios, ni quién se fije en si te vuelas una clase o si te vas de pinta, aseguraba Araceli con los párpados semicerrados, para que esa visión de libertad no fuera a fugársele.

Por fin, el cemento fresco de la construcción alcanzó el nivel de las azoteas: ya no había separación entre el territorio continuo y la zona prohibida. Esa misma noche, cuando el reloj de la sala marcó las 10, Lalo y Araceli ascendieron por la escalera del patio. En cuanto estuvieron arriba, él se dedicó a brincar un cable de un lado para el otro ininterrumpidamente; en

cambio, Araceli se sentó en el tanque estacionario de gas y, con la vista a lo lejos, esperó a su amiga casi una hora.

—Ojalá mi mamá también trabajara en un hospital —dijo Marcela justificando su retraso cuando al fin apareció. Llevaba una linterna.

Desde la nueva construcción, sembrada de varillas y costales, proyectaron el cono de luz sobre la azotea de la casa abandonada, por fin podían alcanzarla, abrir la puerta y entrar uno tras otro muertos de miedo y de risa, porque en esta casa todo suena distinto, dijo Araceli. Es sólo el eco, respondió Marcela. No, no es cierto, me quiero ir, me siento mal, la ropa me aprieta, dijo Araceli, mejor vámonos, insistió, y al tomar de la mano a su hermanito sintió unos dedos anchos, grandes, que la hicieron gritar. No te asustes: soy Lalo, dijo una voz grave de adulto. ¿Qué pasa?, preguntó Marcela y también desconoció su voz. Vámonos, gritaron los tres y, al correr hacia la azotea, descubrieron que tampoco sus pasos medían lo de antes. Marcela dirigió la luz de la linterna hacia su propio cuerpo y aterrada miró que ya no tenía el pecho plano. Tropezando y entre gritos salieron de la casa abandonada, saltaron de una azotea a otra hasta llegar a sus dominios y ni siquiera ahí se detuvieron, tenían que refugiarse en la casa de Araceli, esconderse a un lado del refrigerador. Al verse pálidos por el susto y la cal empezaron a reír. Crecimos, dijo Marcela. No, no es cierto, sólo nos asustamos, dijo

Araceli. Crecimos, repitió Marcela, por eso reventó nuestra ropa. Mentira, se rompió cuando corríamos.

Para Araceli ser grande no tenía ventajas: equivalía a convertirse en enfermera como su mamá; a cuidar enfermos que invariablemente terminaban muriendo. Le costó trabajo dormirse; soñó que atravesaba de un cuarto a otro un hospital en forma de pasillo, un tren cuyos vagones desembocaban en un anfiteatro. Yo no quiero volver a esa casa, dijo Araceli la noche siguiente cuando, otra vez en la azotea, Marcela y Lalo estaban decididos a aclarar el misterio. Porque yo crecí, yo sí crecí, dijo Lalo deseoso de ser grande para bajar a la calle y desquitarse de los niños que no querían jugar con él y lo llamaban maricón. Pero, por más que intentaron convencerla, Araceli se quedó en la zona segura de las azoteas, sin aventurarse, siquiera, a ir hasta la construcción que durante el día había avanzado un poco.

Como si estuvieran en la casa de los espejos, pero sin risas, cada uno observó la transformación en el otro. Marcela acarició la cara de Lalo y, por primera vez, lo áspero de una barba no le resultó desagradable. Lalo, al mirar que el vestido de Marcela casi no la cubría, descubrió que esas piernas de muslos bien formados provocaban en él una sensación desconocida que lo hacía acercarse y buscar el contacto. Marcela sintió que se erizaba.

Afuera, arriba, desde la escalera, sin atreverse a descender, Araceli les gritaba que volvieran, que llevaban horas allá abajo, que iría a pedir ayuda si no subían cuanto antes. Y regresaron: callados, sin mirarse. Araceli les reclamó su silencio: se pierden y encima no quieren contarme nada. Les juro que la próxima vez yo también entro. Pero, aunque los tres lo desearon y no hicieron otra cosa que pensar en volver a la casa abandonada, no lo lograron: al día siguiente y al siguiente y durante varias semanas, la construcción que les había permitido cruzar fue vigilada todo el tiempo por una cuadrilla de albañiles que les impidió el paso. Levantaron otro piso y otro más hasta que acabaron armando un edificio frente al que, una tarde, Marcela y Lalo comprendieron que ese atajo para encontrarse siendo adultos se había perdido.

LECCIÓN 23

En agosto de 1987 vendimos el coche y el comedor; traspasamos el departamento y compramos por fin aquel camión de transporte escolar. Estaba pintado de café cobrizo y así se quedó, pues no le hicimos más cambios que arrancarle la mitad de los asientos para que cupieran las camas y la cocineta.

¡Cómo nos divertimos! Lástima que lo bueno duró sólo mientras hicimos los planes: nos alegraba la idea de mandar todo al diablo, de no tener que ir a nuestras respectivas oficinas, ni llevar a los niños al colegio ni la ropa a la tintorería. A mí, no puedo negarlo, lo que más me entusiasmaba era acabar para siempre con las comidas dominicales en casa de tus papás.

Pero como de costumbre, la vida no mejoró: en ningún momento las cosas fueron como en las películas que nos inspiraron aquel viaje de aventuras. Los problemas comenzaron demasiado pronto: no habíamos recorrido 300 kilómetros cuando el camión se descompuso; a partir de entonces, cuando no era el camión

eran los niños: si no estaban aburridos, estaban mareados o enfermos. En pocos días nuestro deseo de llegar a Canadá atravesando la República Mexicana y los Estados Unidos se convirtió en un martirio. Si por lo menos hubiéramos salido del Distrito Federal... pero no, esa manía que tengo de empezar por los verdaderos principios nos hizo bajar a Chetumal con la intención de iniciar el viaje en la frontera sur.

Nunca, ni por casualidad, mencionamos el regreso. Tal vez pensábamos no volver; sin embargo volvimos, volvimos muy pronto y con la cola entre las patas a meternos en la casa de tus padres luego de abandonar el maldito camión cerca de Zacatecas.

Fue difícil conseguir trabajo, pero fue mil veces peor lograr que los niños nos obedecieran como antes, porque gracias a sus abuelos, a sus tíos y a los vecinos, se convencieron de que tú y yo éramos unos irresponsables. Años después, cuando logramos juntar para un enganche y nos mudamos a Cuautitlán, los niños no querían acompañarnos a la casa nueva. Me imagino que nos habían perdido la confianza; no lo sé. De hecho, Benjamín sigue viviendo con tus papás; los dos chicos sí pasan algunas temporadas conmigo.

Creo que ya me perdí. El tema debe ser el verano de 1987... de eso debo hablar... bueno, en realidad no todo fue un desastre: me acabo de acordar del día en que Benjamín se espinó las manos y la cara por comerse

una tuna cogida directamente del nopal. Eso, por ejemplo, fue muy positivo, porque él jamás será de esa gente que se figura que las frutas y verduras nacen en los exhibidores de los supermercados.

Lo siento, pero voy a suspender aquí. Aunque ya van 22 lecciones, me sigue poniendo un poco nerviosa hablar frente al micrófono. Además, estoy cansadísima; en estos meses se carga mucho el trabajo. Pero a cambio te prometo que antes de la próxima grabación me dedicaré un rato a pensar en los recuerdos; no creas que es falta de voluntad, es que ha pasado tanto tiempo que tampoco yo tengo muy fresco en la memoria lo sucedido en aquella época.

Escucha varias veces este caset tal y como has hecho con los anteriores. Mira las fotografías que te adjunto. A ver qué te parece cómo éramos entonces. Ten paciencia. Apréndete todos los detalles como ordenó el médico y cuídate para que pronto te reintegres a la familia.

BAJO LA PIEL CANSADA

Cuando las pestañas cargadas de rímel negro dejaron de apuntar hacia el café exprés, el hasta entonces también negro panorama se volvió luminoso: por la puerta de la cafetería escolar entró un cuerpo adolescente del que no se perdía ningún detalle: la camiseta roja y el ajustado pantalón vaquero parecían puestos más para delinearlos que para cubrirlos. Indiferente a todo, pues no se sabía observado, el cuerpo avanzó hacia el mostrador y mientras con su voz masculina pedía distraídamente un refresco, Laura, la dueña de las pestañas pintadas, disfrutaba recorriéndolo de arriba abajo con los ojos, aunque hubiera preferido hacerlo con las manos.

Él se sentó a una mesa que, para alegría de Laura, lo situó bastante cerca de ella, justo enfrente, por lo que ni siquiera tuvo que girarse para mantenerlo dentro de foco. Entonces se dedicó a mirarle hasta el último lugar sin ropa: el cuello, los antebrazos fuertes, bien formados, y las manos largas que se entretenían en hojear

un libro de matemáticas; le atraía sobre todo esa zona donde es posible entrever la piel, el pecho oscurecido por el vello. El cuerpo se levantó a comprar alguna otra cosa en la que Laura no reparó, pues se hallaba absorta adivinando el contorno exacto de los muslos enfundados en la mezclilla. Comenzó a desvestirlo, se imaginó quitándole la camiseta, acariciándole la nuca con la punta de la lengua; le bajó el pantalón, y cuando lo tuvo completamente desnudo se inclinó sobre él para probarlo: lo besó, lo sintió crecer bajo la presión de su mano. Después lo acostó, lo sujetó de las muñecas y así, teniéndolo inmóvil, todo suyo, lo poseyó al ritmo de su deseo. Al final, cuando lo miró a los ojos para reconocer en ellos la sorpresa de él por el orgasmo de ella, se encontró con que el cuerpo continuaba en la cafetería y la miraba. Laura sintió cómo la sangre le subía de golpe al rostro, sintió a la vez vergüenza y pena de sí misma: de hallarse próxima a cumplir los cuarenta y de no haber tenido jamás un orgasmo por cópula. El ruido de la chicharra anunció el fin del descanso. Se sonrieron. Laura se dirigió al salón 205 a impartir su clase de historia pensando en que a pesar de la edad de él y de su inexperiencia, o más bien precisamente por esos dos motivos, él podría ser un buen amante.

Aquella noche en su casa, Laura preparó la cena para sus tres hijos y para su marido, pues aunque los dos trabajaban, él seguía siendo incapaz de levantar su pro-

pio plato; en realidad, era incapaz de muchas cosas, como de darle tiempo a Laura cuando estaban en la cama y, sin embargo, allí estaban otra vez, sólo que ella no mostraba el fastidio controlado que regularmente aparecía en su cara en esas circunstancias. En lugar de esa mezcla de impaciencia y resignación, sentía interés: lanzó la mirada sobre el hombre que se desvestía de manera monótona: le molestó ver desnudo ese cuerpo decadente que a cada tanto la engañaba; había sido tan vívido su fantaseo en la cafetería escolar que no pudo evitar la comparación. A pesar de todo, Laura accedió a la solicitud de su marido: no optó por la evasión como en los últimos meses, no se negó, ni se durmió a la mitad, ni tampoco se puso a repasar mentalmente cuanto debía hacer al otro día mientras dejaba a su cuerpo cumpliendo con uno de sus más desagradables deberes conyugales. Aceptó porque también tenía deseo, no de él, claro, pero tenía deseo; aceptó porque no quería abdicar como de costumbre, quería estar con un hombre y lo intentó con su marido, buscó acercarse, lograrlo, pero fue inútil: quince años de relaciones sexuales disparejas se concentraban en esa cama, quince años de incompreensión, resentimientos y descuidos imposibilitaban el encuentro. Laura no consiguió alterar la rutina de abdominales que el marido hacía sobre ella para llegar al clímax. Para ella, esa noche fue un fracaso; para él, una noche como cualquier otra.

Esa madrugada en la oscuridad, los ojos de Laura —limpios de rímel— trataban de mirar el cuerpo de aquel adolescente: ya no quería soñar ni esperar.

EL SUBTERRÁNEO

Sin aspavientos, como se va pudriendo la mortadela, Juan se acostumbró a su vida: a pasar más horas bajo tierra que en la superficie y a vender libros en lugar de escribirlos. En otro tiempo había sido poeta; ahora, en cambio, era dependiente en una modesta librería ubicada en la estación Bellas Artes de la Línea 2 del Metro. Se trataba de un empleo provisional: lo había aceptado 14 años antes, con gran condescendencia, como por no dejar y sólo mientras terminaba su tesis. En ese entonces él era estudiante de Letras Hispánicas y recorría engreído los pasillos de la Facultad. Allí también, en Ciudad Universitaria, en una terraza a la que llamaban el Aeropuerto, fue donde conoció a Viviana. De algún modo, Juan tenía con su mujer la misma relación que con su tesis: ni efectuaba los trámites necesarios para deshacerse de ella, ni la abandonaba sin explicaciones.

Juan bajó la cortina metálica del local, colocó los candados, revisó tres veces que estuvieran bien pues-

tos y se encaminó a la salida; sin tardanza fue escupido por la boca del Metro junto con docenas de personas que venían de los andenes y pugnaban por regresar a la realidad exterior. Era de noche, avanzó entre el gentío hasta la parada de las combis y después de una hora de espera y empujones le tocó su turno. Más tardó en apretar el morral de cuero contra su pecho que en quedarse dormido: en un constante cabecear realizó el trayecto. Ésa era su rutina, aunque por las mañanas había cambios: no iba del Metro a su casa, sino de su casa al Metro y, por supuesto, el asunto era abrir los candados.

Durante esos 14 años de paréntesis vital, todo en Juan había terminado por conseguir el equilibrio, todo permanecía en amodorrada tensión, nada se definió excepto el problema del transporte. En eso no pudo dejar que las cosas se resolvieran por sí solas; tras un enorme esfuerzo optó por viajar en combi, pues aunque era mucho más lento y costoso, él se sabía incapaz de sobreponerse a la angustia que le causaría el Metro en el eventual caso de que el servicio se interrumpiera dentro de algún túnel. Ya le había tocado quedarse unos minutos en el oscuro vientre de aquel gusano anaranjado repleto de cuerpos sudorosos y malolientes. Prefería someterse a cualquier cosa a correr el riesgo de sufrir de nuevo esa experiencia.

Así, libre de reclamos perentorios que lo obligaran a definirse, Juan se la llevaba bien, sin novedades ni sobresaltos, dejándose vivir o, como él mismo decía: Ahí nomás pasándola. Sin embargo, sería injusto afirmar que había renunciado por completo a sus antiguas ambiciones: en algún rincón del inconsciente conservaba la acrítica certeza de que el mundo tendría que reconocer en él al más extraordinario poeta del siglo xx.

Esa mañana, luego de cumplir con la ceremonia habitual: el viaje en combi, la apertura de candados y el levantamiento de la cortina metálica, Juan se instaló en sus pacíficos dominios. Estaba desprevenido: cómo iba a sospechar que en una inofensiva caja de cartón llena de libros encontraría la causa de un estremecimiento desestabilizador de su tranquilidad. Porque ahí, en esa caja, venían nada menos que varios ejemplares de un libro escrito por Tomás Arciniaga. En cuanto recuperó la calma pensó que se trataba de un homónimo: cómo iba a ser aquel ex compañero suyo el autor de ese maldito volumen de 285 páginas publicado por una editorial comercial. Era absurdo, imposible, que mientras él se mantenía hundido en ese local subterráneo, el insignificante y grisáceo Tomás hubiera despegado desde el Aeropuerto de la Facultad para llegar hasta su mismísima librería ubicada en la estación Bellas Artes de la Línea 2 del Metro a agredirlo con su hostil letra impresa. Definitivamente no podía ser, se negaba a creer-

lo. Respiró hondo, se armó de valor y volteó el libro para ver la tradicional fotografía en la cuarta de forros: no tuvo más remedio que reconocer la cara sonriente aunque menos joven del Tomás con quien había coincidido en las aulas y pasillos en su época de estudiante. Víctima del abatimiento, Juan se dejó caer en una silla de madera a padecer una angustia semejante a la que le provocaba el apagón en el convoy del Metro. Pero al poco rato, como si la luz se hubiera encendido otra vez y el servicio se hubiera reanudado, Juan se recuperó: la verdad era otra: sus múltiples e importantes quehaceres le impedían escribir: él se debía a la librería, a su familia; era más sencillo hacer una novela que un poema y, además, él tenía su proyecto de tesis. Tras estas reflexiones, Juan se levantó reanimado y acabó de desempacar los libros. Una vez hecho esto se detuvo: iba a decidir en dónde habría de acomodarlos o más bien de refundirlos, porque, salvo que el dueño dispusiera otra cosa, en lo relativo a la exhibición de libros en ese local, Juan tenía la última palabra.

POR CULPA DE S

*Si (como el griego afirma en el Cratilo)
el nombre es arquetipo de la cosa,
en las letras de rosa está la rosa
y todo el Nilo en la palabra Nilo.*

JORGE LUIS BORGES

Odiaba mi nombre con toda el alma: Silvana Suárez; lo odiaba por sus dos malditas *eses*, porque con la letra S comienza la palabra *sí*, símbolo ruin del acepto, del estoy conforme, del estoy de acuerdo. Odiaba todo lo que significara someterse, todo lo que tuviera relación con ese *sí*, por eso me sentí desesperada cuando quisieron casarme con Sánchez. No podía creer mi mala suerte: una S más embarraría hasta el colmo mi destino. Pero como era menor de edad y por desgracia aún lo sigo siendo, y como además tuvieron el dinero suficiente para pagar a unos guaruras que acabaron encontrándome a muchos kilómetros de mi casa, aquí estoy, viviendo desde hace meses con ese Sánchez que me arma escándalos todo el tiempo porque me resisto a ponerme su S. Me amenaza y me grita: que es la costumbre, que es la ley, que qué dirán. Yo a él ni siquiera le tengo especial animadversión, el problema

es que no comprende todos los males que su S me ha traído: desde que me llamo Silvana Suárez de Sánchez me va del diablo: dejé de ir a la escuela porque según dicen ahora tengo otros deberes; ya no puedo salir sola ni ver a mis amigos ni hacer lo que me dé la gana.

Siempre me ha dado pánico desaparecer, que nadie se fije en mi existencia, que miren a través de mí como si yo fuera el vidrio de un aparador. Estaba en 5º de primaria cuando me di cuenta del peligro que corría por culpa de mis iniciales: mis compañeras se referían a mí seseando con los dientes bien apretados en lugar de llamarme Silvana, y yo comprendía que de ese modo me callaban, que trataban de anularme. Por supuesto, yo no me dejaba, ni de ellas ni de los vecinos que por cualquier motivo me mentaban la madre haciendo la tonadita con pura S. Por eso, cuando me cayó encima la tercera S, la de Sánchez, recordé el refrán de que la tercera es la vencida.

Hago todo cuanto se me ocurre para que me noten: me paso las noches sin dormir: estudio y estudio para parecer interesante y asombrar a los demás, pero de nada sirve: cuando les hablo de los hoyos negros del universo, de las costumbres sexuales de los pingüinos o del simbolismo de los eclipses en la Edad Media, toman al azar una palabra, la que sea, incluso una preposición o un artículo, y a partir de ahí hablan de la primera tontería que les viene a la cabeza y que, por supuesto, no

tiene ninguna relación con lo que yo les contaba. Otras veces he adoptado actitudes exhibicionistas, pero tampoco surten efecto: el día en que les recité de memoria las primeras 13 páginas del directorio telefónico blanco sin equivocarme en un solo nombre, calle o número me ignoraron y, como por no dejar, todos se enfrascaron durante horas en una acalorada discusión acerca de si son mejores los teléfonos de disco, de botones o los inalámbricos.

Nadie se fija en mí, nadie me hace caso. Tengo más miedo de desaparecer que nunca, pues es tanta la mala suerte que me ha traído la S de Sánchez que se me está poniendo voluminoso el vientre. Tengo una S encarnada, dibujada en mi propio cuerpo; tengo en mí, más allá de las palabras, la letra que significa mi sometimiento.

ECLIPSE DE LUNAS

Con la nostalgia del placer perdido, a Inés le habría gustado recordar algún momento de su propia vida. Tal vez la tarde adolescente en que su falda tableada azul oscuro fue el telón que una mano hizo subir para que la felicidad comenzara; pero sólo desfilieron sensaciones memorables por su novedad, pues su novio —tan ignorante como ella de las técnicas amatorias— sumó a la inexperiencia la torpeza de su propio cuerpo en crecimiento. Tampoco eran dignas de nostalgia otras tardes y noches, con otros hombres, cuando, a pesar de tener voluntad, tiempo y hasta pericia en la navegación, Inés jamás llegó a puerto. Ella no se explicaba su ineficacia para algo tan fácil y natural como sentir. Lo único que sintió las primeras veces fue curiosidad, miedo de que sus padres regresaran del cine antes de tiempo; después, coraje y frustración. No estaba enferma, ni era pasiva. Estaba madura sexualmente, según los análisis, y completamente insatisfecha, según la realidad.

Con la piel envuelta por la sábana, el humo del cigarro y la desilusión erótica, Inés vio a Joaquín saltar de la cama a otro asunto. Él podía disfrutar del banquete hasta quedar más que satisfecho; en cambio a ella cada beso le resultaba tan insípido como chupar una botella de plástico. Tocar la piel de su marido le proporcionaba menos gusto que pasar la palma de la mano sobre un piso de linóleo. Y eso que en la anatomía de él, los huesos ocupaban su espacio sin entrar en competencia con la carne. Tenía una geometría cien por ciento estética, con la cantidad exacta de curvas y angulosidades. Y aunque era un ejemplar masculino de museo, pues no sólo era guapo, sino muy funcional, invariablemente la dejaba fría.

Inés estaba harta de fingir. También de cambiar de posiciones y escenarios; de buscar el placer con la misma angustia con que los enfermos buscan la salud. No era de esa clase de mujeres a quienes convencieron de que el hombre es el proveedor de alimentos y de orgasmos. Entendía sus responsabilidades, pero aún no gozaba de sus derechos. Sentirse adulta era nada más una impresión que coincidía con la evidencia de que contaba ya con 22 años, un marido, las tres cuartas partes de una licenciatura y ni un solo recuerdo de esos que provocan sobresalto. No sabía lo que era enamorarse. Y ahora que su cama matrimonial no escondía el más insignificante misterio entre sus sábanas, Inés

perdió toda esperanza. Había escogido a Joaquín, porque entre todos los novios simultáneos y sucesivos, él era el único capaz de mantenerla levemente interesada durante el coito. Un par de años atrás, luego de haber calado a varios compañeros de escuela, lo intentó con algunos vecinos. Tampoco entre los hombres de la generación de su padre halló lo que esperaba. Movida por la hipótesis de que la falta de imán fuese la raza o el país de origen, aceptó el trabajo de encargada de la librería del Museo de Arte Moderno. La afluencia de turistas le permitió probar hombres de todos sabores y colores; pero con ninguno de ellos el roce produjo más calor que el que genera un cerillo húmedo contra el fósforo. Ni el exotismo de Oriente, ni la negra masculinidad, ni la más prometedora y enhiesta carne italiana le habían servido de medio para acercarse a las delicias que encierra la palabra placer.

Se levantó de la cama. A falta de bidé, se lavó en el excusado. Con una taza acarreaba el agua tibia desde el grifo del lavamanos y la hacía caer entre sus piernas. Después de secarse, metió sus senos en un corpiño; su torso en un suéter, su vagina recién lavada en un calzón blanco y éste en los pantalones de mezclilla. Se enfundó las botas y la chamarra de cuero. Y, a pesar de que era hora pico en el transporte, toda ella logró meterse en un autobús con rumbo a Ciudad Univer-

sitaria, sin sospechar lo que habría de aprender aquella noche.

Con la resignación de quien admite su impotencia, llegó al salón de clases. Aquella tarde la conferencia no iba a ser de psicología sino de redacción. Desde el presidium, una mujer hablaba sobre la forma de escribir una tesis. Labios gruesos; traje sastre; Ofelia de nombre; rojiza de cabello; con apariencia de cuarenta, aunque con más de cincuenta de haber nacido. Pertenecía a la generación de mujeres que tuvieron —como los personajes de *Las mil y una noches*— la oportunidad de una segunda vida. Antes de los treinta, ama de casa, heterosexual. Casi dos décadas después, profesora universitaria de tiempo completo. Fiel en asuntos de amor pero no de sexo. Célebre en la Facultad de Filosofía por sus artes de Casanova entre las estudiantes. Pero como las facultades universitarias son ínsulas tan ajenas e inconexas como los estados de una república, Inés nunca había oído hablar de Ofelia ni de aquello que la había hecho más famosa que su libro de texto acerca del Siglo de Oro. Al final, Inés se aproximó a Ofelia. Yo tengo una duda, dijo. Si al que no oye se le llama sordo, ¿cómo se le llama al que no le sirve el tacto? Ofelia puso cara de no entender, así que Inés continuó: Digamos que en términos oftalmológicos el que no ve nada es ciego, y al que ve de forma pobre y distorsionada se

le llama débil visual. ¿Cómo se le dice a una persona que a pesar de ser anorgásmica sigue teniendo ganas?

Pero es que el sentido del tacto no está en la vagina, dijo Ofelia. Tu pregunta no es una sino dos: no es lo mismo padecer insensibilidad motora que frigidez. Además, no es un asunto de redacción sino de filología.

Ofelia recordó un par de libros sobre el tema; los tenía en su cubículo y estaba dispuesta a prestárselos, a pesar de que no eran de la biblioteca y de que Inés ni siquiera era alumna suya. Agradecida y sonriente, Inés dijo que le gustaría recogerlos cuanto antes, así que se trasladaron en el carro de Ofelia a la Facultad de Filosofía. Si alguien hubiera podido verlas a través de las paredes o de la puerta cerrada del cubículo, habría tenido la impresión de que eran un par de amigas, pues no sólo conversaban con entusiasmo, sino con calidez. Pero como hacía apenas una hora que acababan de conocerse, Ofelia metió la mano debajo de la chamarra de Inés con la prudencia con que se introducen los dedos en el agua caliente de una tina. La mano derecha serpenteó en busca de la cintura; levantó la orilla del suéter y acarició palmo a palmo hasta la última célula de la espalda. En las pálidas mejillas de Inés surgió el rubor; la rigidez en sus pezones; el deseo, tan desconocido como buscado, empezó a humedecerla. La mano se hallaba en la frontera de encaje de un corpiño. Inés

suspiró. Había quedado recargada contra una de las paredes. El suéter y el corpiño, arrollados cerca del cuello, dejaron a la vista unos senos pequeños y redondos. Ofelia los besó, los miró, los tocó. Con la punta de la nariz iba marcando el camino hasta el pubis. Le bajó los pantalones con ambas manos. Con el mismo dedo con que apartó la entrepierna del calzón, le separó los labios vaginales. La penetró con la lengua. Sus labios la besaron y succionaron hasta extraer una miel ácida que se adhirió en la memoria de Inés como el más dulce recuerdo.

Porque la falta de experiencia no significa falta de imaginación, Inés se dejó conducir por sus sentidos: el placer no la había aplacado. Tenía ganas de observar el color de la agitada respiración de Ofelia; de oler su sombra encendida por el deseo. Y lo logró. Las dos salieron del cubículo igualmente complacidas.

19 horas más tarde, Inés avanzaba por la Facultad de Filosofía buscando algún aula donde estuviera Ofelia. Le llevaba un regalo: el calzón de la noche anterior, reliquia blanca de nailon sobre el que había escrito: "Por nuestro eclipse de lunas, con todo el cariño de una ex débil sexual". Lo había enmicado, a pesar del disgusto de la empleada de la papelería, y le había puesto un moño rojo.

Aunque Inés no era tan ingenua como para pensar que la profesora pelirroja de labios gruesos estaría es-

perándola a medio campus bajo un letrero de amor escrito a propulsión a chorro, tampoco se imaginó ese recibimiento tardío, tajante, casi hostil, que comenzó con la pregunta: “¿Cómo se te ocurre venir a buscarme a mi trabajo?”, y concluyó con un “yo te busco”, clásica advertencia disfrazada de promesa.

De camino a la Facultad de Medicina, Inés notó que el regalo seguía en su bolsa, así que lo tiró a un bote de basura, junto con el deseo de reencontrarse con Ofe-
lia. Jamás volvería a buscarla. Le dieron ganas de sonreír. La alegraba la esperanza del placer prometido: el mundo estaba lleno de mujeres: ella tenía tantas posibilidades como su esposo de encontrar a la mujer de su vida.

MI SEGUNDO NACIMIENTO

Yo no tengo disciplina ni para los vicios. No soy adicta al cigarro, ni al estrés ni al alcohol. Tampoco estoy enganchada a esa droga que se llama enamoramiento. No es que los hombres me aburran ni que los chocolates me empalaguen, es sólo que jamás he tenido la constancia suficiente como para conocer cuál es mi límite. No me canso; simplemente me pongo a hacer otra cosa. No poseo el don de la continuidad.

Mis relaciones amorosas nunca concluyen de manera contundente. No son culpa mía ni de algún “Él” en turno. Ocurren a causa de la inconstancia recíproca y de mi abandono involuntario.

Con los empleos me ocurre algo parecido. Aprendo fácil y olvido fácil. Puedo trabajar con gran rendimiento durante un máximo de 3 semanas. Después me aburro, me distraigo y termino ante la cada vez menos sorprendente consecuencia de que me despidan. No he conseguido una plaza vitalicia en el gobierno, porque antes de que logre acumular todos los papeles necesarios ya

me corrieron. Pero he sido trabajadora administrativa federal en varias oficinas. He tomado las fotos a los que quieren su licencia de conducir; he sido cajera en una tienda de la universidad y auxiliar de compras en un hospital del ISSSTE.

He tenido incontables chambas: ayudante en un salón de belleza, vendedora de automóviles, administradora en una escuela primaria y jefa de intendencia en un hotel de cuatro estrellas. Como entiendo un poco de inglés, aunque no tengo el diploma, he hecho traducciones y he dado clases. Últimamente, tras una racha de desempleo, me coloqué en una revista de bienes inmuebles como correctora de estilo. Aunque no sé mucho de ortografía, no había de otra, así que soy la encargada de las mayúsculas, los párrafos y los puntitos. Ya me dieron un manual. No he acabado de leerlo.

Pienso que si yo fuera signo de puntuación habría nacido con la forma de los puntos suspensivos; soy silenciosa, discontinua y floja; no me importa que la tarea sea terminada por los demás; no convierto a ninguna actividad en mi destino. Para qué voy a mentir. ¡Me da igual si se queda incompleta! Me rijo por la ley del menor esfuerzo; pero no porque yo lo decida, sino porque el azar así me hizo.

Si respirar dependiera de mí, si respirar no fuese un movimiento involuntario, yo habría muerto de incons-

tancia. Si para estar con vida hiciera falta tenacidad, hace años que yo no viviría.

Nunca he terminado un ciclo escolar ni un curso de capacitación. Tampoco he llegado al último pago de una tanda y no siempre alcanzo el final de las películas. No terminé mi colección de sellos y —aunque soy supersticiosa— no sé por qué ningún año he logrado comerme las 12 uvas el 31 de diciembre. En esas ocasiones, todos se aplican, se concentran y se esmeran. Yo, en cambio, me descubro a la mitad de los abrazos sin haber terminado lo que empecé. En realidad, no había vuelto a recordar todas esas uvas abandonadas hasta ahora. Tampoco está en mí concluir una idea o un pensamiento demasiado largo.

Sin embargo, tal vez porque a los cuarenta años la gente siente la punzada de ser lo que no ha sido, hace unos días que tengo ganas de empezar mi vida de nuevo. Me gustaría que mi nombre fuera Constancia; ¿por qué no? Hay quienes se llaman Esperanza, Fe, Piedad y hasta Pureza. Si yo pudiera nacer otra vez, ese segundo nacimiento probaría que estoy decidida a ser tenaz, a nacer varias veces; a perseverar en cada acto y así transformarme para ser —al menos por un tiempo— una persona con mucha disciplina.

MEXI CHRISTMAS!

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Mientras *Santa Claus*, estampado sobre un delantal verde *made in Taiwan*, protegía a *Caty* López de las grasosas erupciones del pavo *Pilgrim's* doble pechuga, el resto de la familia terminaba de vestirse para la cena.

El pavo se horneaba al estilo clásico, es decir, con gas. Era un pavo robusto, gringo, de pura carne blanca que había viajado desde Estados Unidos hasta el D.F. para asistir a la cena navideña de los López. Era un pavo que bien merecía ser cocinado con sensor en un horno de microondas *Panasonic Convection*; pero qué se le va a hacer, pensó *Caty*: ni siquiera en Navidad se cumplen todos los deseos. Y sin darse cuenta siguió pensando. De la misma forma intermitente como las series de focitos del árbol iluminaban la sala, en el cerebro de *Caty* las ideas se prendían y apagaban como queriendo llamar la atención: el hecho de que *Charly*, su esposo, iba

a cumplir dos meses desempleado alternó con la necesidad de abrir la sopa *Campbell's clam chowder* y ponerla a calentar en una olla *Visions*. No era culpa de *Charly*, ni que fuera el único sin trabajo.

Entre risas y bromas, la descendencia de los López bajó las escaleras. *Jimmy*, *Lucy* y *Peter* estaban felices: todo, absolutamente todo en ellos era importado, desde las cachuchas de los *Redskins* y la diadema roja salpicada con bastoncitos de caramelo, hasta las agujetas de *Snoopy*, *Hulk* y *Barbie*. ¡Qué alegría!, lo que no era de *Sears* o de *Woolworth*, era de las tiendas de importación o de los puestos callejeros. Al contemplar a sus hijos, *Charly* no pudo reprimir un pensamiento: Ahora ya ni hace falta viajar, ¡Laredo está en cualquier esquina!

Entonces *Lucy* se fue brincando a buscar los trastes. Aunque odiaba poner la mesa y, en general, todas las actividades clasificación "M" (sólo para mujeres), esa noche era distinta: tenía ganas de acomodar la vajilla nueva *Stoneware* decorada con arbolitos, las copas *Temptation*, las servilletas verdes *napkinparty* con filos dorados, los vasos de muñecos de nieve y todos esos objetos que le parecían de juguete. También puso sobre el mantel la botella de plástico de agua *Evian* a la que *Caty* había vestido de *Santa Claus*.

Campanas musicales y canciones como *Silent Night* y *Rudolph the red nose reindeer* animaban el hogar de los López; no había pleitos ni regaños: *Charly*, *Caty*,

Jimmy, Lucy y Peter trataban de hacer de esa velada la tradicional Noche de Paz.

Por fin dieron las 12: el momento sublime, el más conmovedor y esperado, el sentido profundo de la celebración navideña: el intercambio de regalos. Todos los objetos que se habían ido almacenando bajo el árbol pasaban de unas manos a otras entre exclamaciones de júbilo, abrazos y besos.

Cuando terminaron de abrir el último paquete, *Catty* llamó a *Lucy* para que la ayudara a servir el *fruit cake*, pero *Peter* se interpuso entre ellas y la puerta de la cocina. Se quitó la cachucha de *Redskins* y se la colocó sobre el pecho con solemnidad. Luego, con una actitud más lógica en un héroe que en un cajero recién contratado, exclamó: ¡Conseguí chamba en *McDonald's*! Al oír la noticia, los ojos de *Catty* se humedecieron; sus manos apretaron la cara del *Santa Claus* estampado sobre su delantal y, orgullosa, pensó: el futuro de México está en jóvenes como *Peter*.

CORNADAS LABORALES

Alicia siempre soñó con que el asedio sexual —igual que el acné— desaparecería de su vida junto con la juventud. Pero no. Aunque por fin había llegado a la edad en que el cuerpo luce mejor vestido que desnudo; aunque su cara jamás reproducía los gestos de mujer fatal de las modelos de televisión, su estado de presa “cazable” seguía idéntico. Nunca había sido de las que, consciente o inconscientemente, lanzan señales de hembra en celo. No se contoneaba, no ponía los párpados a media asta, ni entreabría los labios como quien va a recibir un caramelo. Tampoco lanzaba miradas de indefensión sexual a través del fleco. Y, sin embargo, Alicia no podía trabajar con la comodidad con que lo hacen las personas de sexo masculino. Seguía gastando buena parte de su tiempo y atención en esquivar insinuaciones, en hacerse la extranjera cada que los albures y chistes genitales brotaban de las bocas de algunos de sus colegas. Y es que en el hospital donde ella ejercía, la mayor parte de los

hombres desplegaban esa presión que —sin llegar al extremo del pellizco a media calle— enturbia el ambiente con su violencia.

Dado el alto porcentaje de asediadores, nada de extraño tenía que uno de ellos fuera jefe de piso. Se llamaba Sergio Gómez y era el clásico eyaculador precoz con barriga de bar y calvicie disfrazada de nido de golondrina.

—¡Ay mujer! —le dijo Guillermo a Alicia—. No te lo tomes tan a pecho. ¡Ignóralo! Vas a una comida en un restaurante, no a un callejón oscuro donde no puedas defenderte. Si quieres te doy un valium para que te lo tomes con calma.

—Es que no tengo por qué aguantarlo —insistía Alicia.

—Pues capotéalo y punto —le aconsejó Memo mientras cobraba en la caja de la farmacia.

Pero Alicia no quería comer y torear al mismo tiempo. No se resignaba a admitir —como hacían muchas mujeres— que esa clase de embestidas fueran simples molestias inevitables como la contaminación o las moscas. Sin embargo, entendía que si continuaba rehusándose a salir con el jefe, le asignarían “inexplicablemente” el turno de la noche. Por lo que, avergonzada consigo misma por su madurez de gente adulta, acató las reglas de la realidad que la tenía sitiada y acudió a la comida.

—Y dime, Alizz —dijo Sergio Gómez con su voz gangosa mientras atacaba un gran plato de chiles rellenos—, ¿qué opinas de la *libegación* sexual?

Alicia sintió que se le revolvía el estómago.

—Mire, doctor Gómez, le agradecería que me llamara doctora Solís.

—¿Qué tienes *contga* la amistad? A mí me *encan-taguía* que me *llamagas Seggio*. Eso de *doctog* y *doctoga* debemos *dejágselo* a los pacientes. Entre nosotros, la *guelación* debe *seg* más humana, ¿*vegdad*? —dijo rozando con su brazo la espalda de Alicia.

Ella se apartó echándose hacia atrás y recordó la antiquísima ocasión en que había perdido su empleo de secretaria porque no le daba la gana servir el café. Los contratos laborales no especificaban las auténticas faenas. Nunca imaginó, cuando estudiaba medicina, que soportar los intentos de arremetida sexual del doctor Gómez sería parte del ejercicio de la profesión.

—*Peggo* pláticame, *Alizz* —pidió Gómez, dejando caer la mano sobre el muslo de Alicia—. ¿Qué opinas de la *libegtad* sexual de las *mujegues*? Estoy convencido de que no *egues* de las que sólo se *libegan pagga trabajag doce hogas diaguías. Pogque pagga cuidag enfegmos...* las *mujegues* tienen a toda la familia en casa, ¿*vegdad*?

Alicia se reacomodó, retiró las piernas. Gómez ya no respondía a las sutilezas. Debajo del mantel, su mano luchaba por continuar sobre el muslo de Alicia con la misma furia con que un murciélago se prende al cuello de su víctima. Ella seguía intentando escapar debajo de la mesa y, como si no existiera comunicación entre

su pierna y su boca, inició una charla diplomática; pero él no daba tregua. Se creía una cobra hipnotizando a su presa para devorarla. Disgustada, Alicia se levantó para ir al baño. Pensó en regresar al hospital sin despedirse; pero después de un rato acabó volviendo a la mesa. El doctor Gómez —que ya estaba más desinhibido por el efecto de varios tequilas— soltó las últimas amarras civilizadoras de su persona y miró el cuerpo de la doctora Solís con la misma desconsideración con que un ama de casa revisa los pollos desnudos en un mercado, aunque con la diferencia de que en la mirada del doctor Gómez, además de desconsideración había morbo; pero no ese morbo genérico con que los hombres miran los cuerpos femeninos avanzar por la existencia, sino el morbo agrio de quien mira día tras día el mismo cuerpo vestido, próximo pero ajeno, reiteradamente inaccesible.

—*Obsegvag* que te alejas me pone feliz —dijo Sergio Gómez.

Como Alicia no contestó, Gómez se puso didáctico:

—*Peggo mujeg*, ¿no te das cuenta de que estoy *inspigado*? Acabo de *decig* que me emociona *migagte* los glúteos. Ay, *doctoga* Solís, *pagueces quinceañega* decimonónica. Cómo es posible que te cause tanta *veggüenza* el *cuegpo* humano. Se supone que *egues* ginecóloga... a tu edad *debeguías aggadeceg* la *galanteguía* masculina.

Galantería masculina sería que no hubiera represalias sólo porque no accedo a acostarme con él, iba pensando Alicia que ya se imaginaba en el turno de la noche. Entró en el vagón del Metro: instintivamente se acomodó de manera que manoseos, pellizcos y nalgadas no lograran alcanzarla. Sólo faltaban dos estaciones para llegar. Casi podía leer el memorándum en que con tono resentido Gómez ordenaría su cambio “por así convenir a los intereses del hospital”. Alicia se sentía frustrada: de qué servían todos los diplomas que acreditaban su actualización en medicina; su esmero en el trato a los pacientes. Estaba segura de que más le habría valido tomar un curso para aprender a torear hombres, o un par de valiums para recibir las cornadas sin darse cuenta.

Quiero desquitarme, le dijo Alicia a Memo esa noche por teléfono. Cómo me gustaría que el doctor Gómez sintiera lo que es ser acosado. A él no le importa si sólo me acuesto con mi esposo o con veinte que sí me gusten. Es uno de esos cerdos a los que les conviene creer que la liberación sexual es prostitución gratuita. Que sólo porque él tiene ganas, todas las mujeres deben colocarse en posición ginecológica y si no, son unas anticuadas. Lo odio, Memo. No sabes cómo me gustaría ser hombre y hacerle lo mismo.

Guillermo sonrió. Sus dedos jugueteaban con el reloj despertador que estaba junto al teléfono. Era un plá-

tano sonriente y amarillo con labios rojos y dientes pequeños.

—Tú deberías ayudarme, Memo. Tú puedes ser su pesadilla. Ir a su consultorio; yo te prepararía el terreno.

—¡Pero qué manera de pedir un favor! Yo no podría ser la pesadilla de nadie, ¡qué bárbara eres! Si ese idiota fuera de amplio criterio sexual, daría su vida por pasar un par de horas conmigo.

—Perdóname, no fue mi intención ofenderte. Me refiero a que es un macho. Sólo tienes que hacer que se sienta vulnerable.

—¿Qué quieres exactamente?

—No sé... podrías entrar al baño de hombres y mirarlo. Tú sabes... te paras junto a él en el mingitorio y cuando esté orinando te le acercas con actitud de violador.

Memo soltó la carcajada. Le parecía infantil la petición de Alicia. Le sugirió que se inconformara legalmente, pero ella se negó: no quería un escándalo, sino una venganza, que si bien realizaría por falo ajeno y no por mano propia, la haría inmensamente feliz.

Durante varios días, Memo trató de complacer a Alicia. Una vez quiso aprovechar la entrada del doctor Gómez a la farmacia. Había pensado hacerle la conversación en el momento de entregarle su consuetudina-

ría cajetilla de cigarros. Pero no resultó. Se lo dijo a Alicia. También le explicó que ser homosexual y ser amigo de ella no eran razones suficientes para que de pronto él se comportara como un vendedor de servicios sexuales. Pero Alicia insistía. Todas las noches, desde el hospital, le hablaba a Memo por teléfono.

Como Memo no se apresuraba en la venganza, Alicia decidió facilitar el encuentro. Reservó una mesa a nombre de la doctora Solís, en el restaurante favorito del doctor Gómez, a quien le pidió, con voz de subordinada arrepentida, que no dejara de asistir. A Memo le pidió que fuera puntual y que convenciera a Gómez —cuando lo viera acercarse a la mesa precedido por el capitán— de que ella llegaría más tarde.

La sola idea de que Memo lograra el objetivo le dio fuerzas a Alicia para trabajar el turno de la noche indefinidamente. En realidad, estaba segura de que la reunión había sido un éxito, porque telefoneó al restaurante y le informaron que un hombre mayor y otro más joven habían ocupado durante un par de horas la mesa reservada por ella. Pensó que Memo había arrinconado a Gómez. La escena padecida por ella ahora le ocurría a su verdugo. Memo había colocado su mano sobre la rodilla del doctor. Le hacía propuestas que lo incomodaban. Entonces Gómez, ansioso, movía las piernas; se esforzaba por librarse de la mano de Memo que avanzaba

sobre el muslo. El nido de golondrina que coronaba la cabeza de Gómez estaba cada vez más húmedo y deshecho. Cabellos largos corrían como hilos de sudor sobre su cara. Estaba tan fuera de sí, tan indefenso que no hallaba cómo levantarse y salir de ese lugar. Puesto que Alicia quería enterarse hasta del último detalle del sufrimiento de Sergio Gómez, marcó el teléfono de Memo. El aparato repiqueteó un par de veces junto al reloj despertador en forma de plátano que parecía sonreír más que de costumbre. Entonces una voz satisfecha dijo: Bueno, ¿con quién *quiegue* hablag?

Alicia colgó el auricular desconcertada. Lo primero que pensó fue que su mejor amigo la había traicionado, pero luego, instantáneamente, se sintió feliz: Memo no le había fallado; la venganza era posible todavía, aunque se ofrecía por una ruta inesperada. Se vio a sí misma trabajando de nuevo en el turno matutino. El doctor Gómez no iba a permitir que todos en el hospital se enteraran de que el león no es como lo pintan.

GUÁRDAME ESTE CADÁVER

Arrastrando los empolvados zapatos de tacón, Malena llegó al atrio de una iglesia. Eran casi las 6 de la tarde y no había hecho una sola venta. Hubiera querido mandar todo al diablo y telefonar a su novio para que la invitara al cine; pero no podía darse ese lujo sin antes hacer un último intento: Capaz que aquí sí me persigno, pensó.

Malena tardó unos segundos en acostumbrar sus ojos a la penumbra; era un antiguo edificio sin otra iluminación que la procurada por velas y veladoras. Olía a incienso. De repente, con movimientos que delataban nerviosismo, un hombre de sotana negra cerró la puerta del confesonario. Caminaba rápidamente cuando Malena le salió al paso. El padre Anselmo declaró: La confesión comienza a las 6, hija, mientras la empujaba hacia la salida con su mano húmeda. No vengo a confesarme. Entonces regresa a las 7, a esa hora es la primera misa, repuso ansioso. Yo vengo a otra cosa, insistió ella. ¡Vuelve después!, los demás servicios se soli-

citan por la mañana y en la sacristía. Vamos, hija, regresa luego, ahora tengo algo importante que atender.

Siempre era lo mismo. Todos estaban ocupados. Nadie tenía tiempo para una vendedora de tarjetas de presentación. Malena sabía por experiencia que tampoco la recibirían al día siguiente, que sólo eran excusas para quitársela de encima. Por eso ella no soltaba a sus clientes hasta que le compraban o la corrían de mal modo.

No le voy a quitar más que unos minutos. Mi nombre es María Elena Ramírez Trujillo y el producto que le ofrezco son estas finísimas tarjetas de presentación. Aquí tiene la mía. Éste es nuestro catálogo.

El padre Anselmo se colocó detrás de ella: quería sacarla de allí, necesitaba estar solo para deshacerse del cadáver que había descubierto en el confesonario. De un momento a otro llegarían los fieles. Anímese. Tenemos los mejores precios del mercado, arremetió Malena parándose en seco. Los sacerdotes no necesitamos tarjetas de presentación, contestó el padre.

Malena suspendió la ofensiva: esa respuesta no estaba en el repertorio de lo que ella solía escuchar. No traía nada preparado. Sintió la urgencia de hallar una frase convincente; se mordió los labios.

Antes de que el padre Anselmo pudiera deshacerse de la vendedora, llegaron algunas de las ancianas de la colonia. Una tras otra le besaron la mano y lentamente

siguieron su camino apoyadas en algún bastón, familiar o sirviente. El padre supo que había perdido su oportunidad: alzó los ojos para encomendarse al Cielo y dio media vuelta. Avanzó hasta el confesonario, abrió la puerta y comprobó que seguía ocupado: el asesino no tenía entre sus planes regresar por el cadáver. El padre arrimó al muerto, se sentó a su lado y pronunció sus oraciones. Ave María Purísima. Sin pecado concebida, respondió la voz de una anciana detrás de la rejilla. El padre casi no podía prestarle atención. No estaba habituado a esa clase de situaciones; frecuentemente encontraba canastas con niños recién nacidos, pero cadáveres... la verdad, éste era el primero que le dejaban. Y encima lo habían abandonado en ese mueble oscuro y estrecho que le despertó la sensación de estar metido en un ataúd. Tanto le perturbaba la voz lánguida que fluía en susurros, como procedente de una tumba vecina, que el padre se apresuró a dar la absolución. Entonces se movió, pasó el brazo por enfrente del cadáver y en cuanto corrió la rejilla escuchó: Ándele, cómpreme unas tarjetas, ¿no ve que no me he persignado en todo el día?

SEXO IMAGINARIO

La cama estaba revuelta. Hugo se acercó y revisó las sábanas; luego miró con desconfianza dentro del clóset. Lo más natural era la recámara, por supuesto, pero también podía haber ocurrido sobre uno de los sillones del estudio: se veía arrugado y los cojines estaban en desorden. El hecho de que nunca hubiera pasado en la casa no garantizaba que no pudiera suceder. Era fácil imaginar a Rocío haciendo el amor: no era gorda ni flaca ni fea; en realidad, era el tipo de mujer al que ningún hombre rechazaría: era muy joven, tan joven que en el caso de quedar embarazada de Hugo no le daría un hijo, sino un bisnieto.

A pesar del terrible tráfico, y de que tenía que asistir a una cena de trabajo, Hugo se había tomado la molestia de hacer una escala en su casa, con fines de supervisión. Desde la regadera, su esposa lo saludó; él quiso saber por qué estaba bañándose a las ocho de la noche. Rocío se preocupó: era demasiado temprano para que él comenzara con las preguntas. Además, como todos

los días, ella había vivido cada minuto de las 24 horas dentro de esa casa y —siempre que permaneciera ahí, disponible para contestarle el teléfono cada media hora— no debería haber problemas. Salió de la ducha: tenía el cuerpo mojado. La toalla mal puesta dejaba a la vista parte de los senos. Él se aproximó y, sin soltar su portafolio, tomó unas gotas de agua con la lengua.

—Vístete, no andes desnuda —le dijo—. ¿Por qué está la cama así?

—Es que... como hacía mucho frío... me acosté.

Hugo la miró como si ella no mereciera el sacrificio; sin embargo, le anunció que la perdonaba, a pesar de que descubrir la cama deshecha le había estropeado tanto el humor que ya no iría a la cena. Le advirtió que no volviera a acostarse si él no estaba en la recámara, pues no era bueno para ella, con sus antecedentes, hacer cosas que parecieran malas.

Rocío no tenía antecedentes: era huérfana, era una ex estudiante de secundaria, sin más aspiración en la vida que estrenar un vestido de vez en cuando, y sin otro conocimiento de los hombres que el que le brindaban las telenovelas. Tal vez por eso, no le molestaban los accesos de celos de don Hugo. Consideraba que los habituales interrogatorios acerca de su fidelidad eran la forma como él mostraba el amor: una costumbre masculina como regalar chocolates. Le parecía que ésa era la prueba de que él pensaba en ella, y no en

otra mujer, por lo que las acusaciones se convirtieron en algo tan aceptado y natural en esa casa como la dentadura dentro del vaso, el bicarbonato después de comer y las ausencias dominicales de Hugo.

La vida conyugal de Rocío y Hugo corría sobre los rieles de dos equívocos: lo que para cualquier persona habría sido falta de respeto, para Rocío eran muestras de interés; y en cuanto a su tolerancia —que bien podía ser explicada por su nula capacidad para sobrevivir sin que alguien la mantuviera— era entendida por Hugo como evidencia de infidelidad. Cada que él la acorralaba con reproches, ella se mostraba dócil, casi agradecida.

Aunque era un hombre añoso y con una apariencia más adecuada para relacionarse con una adolescente en calidad de Rey Mago tardío que de cónyuge, Hugo se consideraba un santo, pues en vez de ofrecerle a esta pariente lejana de uno de los veladores de su fábrica un empleo de afanadora —para que ella continuase estudiando—, la había hecho su esposa y la había llevado a un dispensario para que aprendiera primeros auxilios. Hugo se lo echaba en cara constantemente, como si ella no estuviera al tanto; decía que ella lo obligaba a repetírselo, porque era una ingrata. Pero Rocío no era ni agradecida ni ingrata; más bien era sumisa. Con tal de complacerlo dejó de dormir siesta (así no destendía la cama); también se acostumbró a bañar-

se antes de comer, en cuanto terminaba de cocinar. Jamás se quejaba, ni lo contradecía, mucho menos le mal contestaba. Aseaba la casa; no había una sola prenda de vestir de Hugo a la que le faltara un dobladillo o un botón. Todos los sábados, ella acomodaba la compra que él hacía solo en el supermercado. Y los domingos, a falta de telenovelas, veía películas, pues Hugo se iba a casa de alguna de sus hijas a llevarles juguetes a sus nietos y a disfrutar con sus yernos de la comida familiar.

Aunque Hugo jamás lo habría reconocido, Rocío era para él una sirvienta sin sueldo y sin llaves de la casa, una enfermera en potencia, una tapa con que cubrir el hoyo de su viudez, una tapa nuevecita y deslumbrante que no le dejaba ver el hoyo de tierra en que habrían de sepultarlo pronto. Y Hugo la quería, la quería y la cuidaba con la pasión con que algunas personas saben querer a sus perros, y también con la tranquilidad de que en caso de pérdida, se sustituye al ser amado con otro de la misma raza y se le adiestra. Pero Hugo no tenía paz, sufría a causa de las historias que Rocío protagonizaba. No se trataba de amor. Según él, su esposa era como esos hombres que viven buscando su satisfacción en cualquier parte, a cualquier hora y con cualquiera. Estaba convencido de que ella le era infiel con el vecino, con el que reparaba la televisión, con el repartidor de la farmacia y con cientos de hombres que

—por vivir estacionados en las “vías rápidas” de la ciudad de México— no tenían más remedio que acostarse con Rocío en la parte trasera de sus automóviles.

Un par de veces por semana, imperturbable, Rocío escuchaba las acusadoras frases huecas. Pero esa noche, Hugo pasó de los reproches a la narración. Empezó con que la había visto encontrarse con un hombre frente a una ferretería, que Rocío había escapado de la casa saltando por la ventana de la sala y había corrido dos calles. El hombre la había tomado por la cintura y la había besado apasionadamente. En un taxi, se habían ido a un hotel próximo. Ni siquiera les había dado tiempo de quitarse la ropa. Su amante le había abierto la blusa para besarle los pezones; le había acariciado los muslos, le había quitado las pantimedias, las pantaletas y, sin ningún pudor, había estado revolcándose con ella durante veinte minutos. Luego, a toda prisa, Rocío se había acomodado la falda; había revisado que los botones de su blusa estuvieran cerrados y, todavía jadeante, había entrado a comprar cualquier cosa a la ferretería para tener una coartada.

Hugo estaba cansado, por lo que, si bien le habría gustado tener un contacto sexual —aunque menos atlético que el de su relato—, no hizo otra cosa que ignorar a Rocío y dormir como un muerto. En cambio, ella se quedó inquieta; pasó buen rato pensando en cómo era posible que Hugo, don Hugo, hablara de esos temas,

que hablara detalladamente de posiciones, sonidos, movimientos.

Desde entonces, Rocío escuchaba con muchísima atención a Hugo, pues si bien las escenas sexuales no tenían color ni imagen, las sonoras palabras llegaban hasta los oídos de ella cargadas de pasión y —aunque surgían de los celos, aunque él se las echaba encima para ofenderla y no para excitarla— le provocaban el mismo efecto que el discurso de un telefonista de las líneas ardientes. Ante las palabras de su marido, Rocío empezó a mostrarse no sólo dócil, sino agradecida.

EL AMOR NO ES UN ANTÍDOTO

A Lorena le gustaba desvelarse los sábados y dormir los domingos. El fin de semana representaba para ella un larguísimo día de 48 horas dedicadas a la lectura, la música y el sueño. Los fines de semana eran su vida real: espacios totalmente suyos en los que se perdía por los corredores de la literatura y de la música sin que nadie pudiera encontrarla, ni pedirle ni exigirle nada. A veces movía los brazos y gesticulaba como si fuera ella quien estuviese cantando o dirigiendo la orquesta. Permanecía en la cama y página tras página llegaba hasta esas horas de placer melancólico y solitario en las que el sonido de un piano era capaz de crear un ambiente distinto al de todos los días, los eternos días aburridos, llenos de tareas inacabables y de obligaciones.

Pero aquel sábado en la noche, Lorena no leía: no habría podido hacerlo: las palabras como tabiques levantaban una tapia; ni siquiera a través de la música conseguía fugarse. Contra su voluntad y su deseo, los

recuerdos se habían apoderado de ella. La fuerza de aquella imagen del pasado la mantenía inmóvil, fría, atenta a los sonidos de su respiración. De todos los estados de ánimo, el que más odiaba era la nostalgia, y esa madrugada la nostalgia, mezclada con el aire de su cuarto, la envolvió hasta convertirse en congoja líquida.

Por pura mala suerte, la tarde de ese sábado había decidido salir: no necesitaba hacerlo; de pronto se vio en la calle platicando con una persona de la que apenas sabía su nombre y ahí, entre una frase y otra, de esas que se dicen al azar, por cortesía, se había enterado del asunto a través de un comentario tan vago como superfluo. No se atrevió a preguntar cuándo ni cómo.

Lorena conocía la exactitud y el tino de la mala suerte: la amargura de esa noche de sábado silenciosa y solitaria lo demostraba. Porque si se hubiese enterado en lunes o en martes, la luz del sol, el ruido de los automóviles y el incontrolable repiquetear de los teléfonos de su oficina habrían disuelto la conciencia de la pérdida en el bullicio; pero se lo habían dicho un sábado: tenía que ser en uno de esos días en los que no podía evadirse porque su cuerpo, como un reloj, estaba programado para no dormir.

Él se había ido y ella no había estado presente: no lo había consolado. No se vistió de negro, ni llevó flores, ni recibió un pésame. Ni siquiera se habían despedido.

¿Por qué la obsesionaba la idea de despedirse? ¿Por qué siempre había querido despedirse de él de la manera que fuese: con insultos, dando un portazo, estrechándose las manos, con un beso; varias veces o una sola? Porque en verdad quería despedirse: decirle adiós, saber definitivamente que se habían separado, que ninguno de los dos volvería a buscarse; para no esperar, para perder toda esperanza, para no inquietarse con los ruidos de una puerta que se abre, ni con una sombra que aparece en mitad de la calle.

Cuánto tiempo había esperado su regreso. ¿Sería mentira decir que toda la vida? No lo sabía. Primero lo esperó cada momento, después sólo venía a ella traído por ciertos olores y sonidos. Era la sospecha, jamás desmentida, de que estaba allí, tal vez afuera, mirando hacia su casa. Pero, ¿por qué habría de hacerlo él, si ella no lo hizo jamás?

De él nunca pudo despedirse: ni al principio, cuando no vivían juntos, ni cuando él se fue definitivamente. Una noche ya no volvió a casa. No le había dicho adiós y el tiempo —desgranado en segundos, colillas y semanas— pasó rápidamente y convirtió la inexplicable ausencia en separación y, más tarde, en esa melancolía que se agitaba para ella en la música nocturna de los sábados, porque sólo en sábado habían sido capaces de compartir la vida.

El amor no es simple. No es sólo música o literatura un día de la semana; puede empezar con una sonrisa y terminar con un recuerdo que de tan penoso hace vivir de luto para siempre. Pero el amor tiene un *en medio*, y en esa zona Lorena lo había amado mucho y torpemente, lo había amado de muy mala manera. Ella, tan silenciosa, tan rígida, tan triste, tan acostumbrada al olor a sándalo, a los muebles antiguos, a los colores opacos, se vio de pronto ante unos ojos que sonreían, ante unas manos que semejabán alas por su cuerpo; ante otro cuerpo que iba y venía siempre de buen humor apoderándose de la vida. Cómo llegó a detestar ella las interminables caminatas por la playa con el sol que abrasaba el mundo, las noches de fiesta que olían a tabaco con alcohol, a bromas... y las ventanas abiertas porque para él no existía el frío.

Lorena sólo lo quería en el momento exacto en que él despertaba: unos segundos nada más: cuando él abría los ojos y no acababa de reconocerla; después escapaba la magia. Ella habría dado la vida por él, pero no fue capaz de soportar su alegría.

Se amaron con un mal amor: el del desconcierto y la desconfianza: un amor que no superó la mala suerte, porque es mala suerte encontrar el amor y no querer lo mismo, no despreciar lo mismo, no poder reír ante lo mismo. ¿Cómo hacer paralelos los gustos, unir los sueños y empalmar los destinos, cuando el que es-

cucha bien es medio ciego y el que tiene magnífica vista está incapacitado para escuchar?

El amor no es un antídoto contra la mala suerte. Primero, Lorena perdió su consideración y luego su respeto: le hacían daño sus ojos, sus palabras y hasta sus buenas intenciones. Cuando él se fue llevándose sus risas y sus cuadros cerró el pequeño espacio abierto en la vida de ella. No se despidieron ni volvieron a verse.

Esa noche de sábado, los recuerdos le dolían físicamente: la ausencia era tangible de nuevo. Él se había ido otra vez para siempre y, otra vez, ella no había estado ahí: no lo había abrazado, ni insultado. Tampoco había podido despedirse. Sin embargo, había un color distinto en esta pérdida que la hizo comprender, sobresaltándose, que no es lo mismo la separación que la muerte y que, más allá de las ideas obsesivas con las que ella había jugado y perdido toda su vida, ahora no dependía de su voluntad volver a verlo. Un dolor desconocido estalló salpicándole de lágrimas los ojos. Jamás podría decirle lo que por fin había acabado de entender: que el amor no es suficiente aunque sea único, y que a veces el amor es imposible aun dentro del más inmenso amor.

LOGOMANÍA

Teresa no era amiga mía, sino de Lily, mi mujer; ella fue quien me la presentó hace algunas semanas a la salida de un concierto. Aquella vez el contacto fue tan rápido e intrascendente que ni siquiera retuve su nombre. Las contadas ocasiones en que volví a verla, nuestro trato no rebasó el saludo: me desagradaban su descuidado cuerpo y su ansiedad, esa actitud nerviosa que delata a los habladores compulsivos. Nada teníamos en común; nunca se me ocurrió que habría algo capaz de acortar esa distancia y, sin embargo, lo hubo. Sucedió el martes pasado por la noche: Teresa y yo coincidimos en la biblioteca central de Ciudad Universitaria: el sitio estaba lleno de estudiantes que invadían el aire viciado con su frenético deseo de aprobar los exámenes. Ella se instaló junto a mí en uno de esos minúsculos cajones de lectura que, por su estrechez, me recuerdan los confesonarios y el pasado monacal de las instituciones educativas. Teresa hizo tanto ruido con su paraguas, bolsa de mano, gabardina, libros

y un montón de papeles en desorden, que alcé la cara con el fin de amonestar al impertinente, pero me reprimí: era la amiga de mi esposa, no podía tomarme la licencia de exigirle silencio con la autoridad con que se lo exijo a un extraño o a un discípulo.

Encima del alboroto que había armado, le dio por hacerme la conversación, lo que en realidad es un decir, pues antes de que yo terminara de responder a cada una de las convencionales preguntas que constituían su necio cuestionario, me lanzaba la siguiente. Después interrumpió mi desganado informe acerca de la salud de Lily para mostrarme el altero de trabajos escolares que debía revisar y, como si yo fuera un marciano y el retorno a mi planeta dependiese de su explicación, abundó en asuntos tan obvios como que debía promediar las calificaciones parciales para obtener la calificación final de cada alumno, tomar en cuenta los reportes de lectura, las intervenciones en clase... Me tenía hartado, desesperado, especialmente porque yo no encontraba en su desquiciado discurso un punto y aparte del cual agarrarme para decirle que estaba leyendo, que si no era capaz de percibir que estábamos en una biblioteca. Pero no se calló: el dique de su verborrea se había roto: de forma incontenible habló de lo frustrante que era su vida: su trabajo de profesora, los odiosos fines de semana en compañía de los amigos de su esposo, que no eran universitarios, como nosotros, y no sé

qué más. Para colmo, se refería a sí misma como si fuera esquizofrénica: “Teresa esto”, “Teresa lo otro”. Así logró grabar su nombre en el fondo de mi conciencia. Por su culpa me dolió el cerebro y ya no pude concentrarme. Sentí la urgencia de abandonar mi condición de oreja y obligarla a oír, por lo que comencé a exponer los argumentos del libro de Freud, *El malestar en la cultura*, que yo leía tranquilamente antes de que ella apareciera. Tras un breve forcejeo: ambos hablábamos y hablábamos, conseguí imponerme, cerrarle la boca y mantenerla atenta. Aunque a cada momento quería opinar, no se lo permití. Le di una conferencia acerca del origen de la cultura y, cuando observaba que ella iba a estallar, le mostraba la separación entre mis dedos pulgar e índice con el fin de indicarle que yo aún no había terminado. Las mejillas se le enrojecieron: ignoro si a causa de los sustantivos que utilicé para referirme al sexo o porque estaba a punto de asfixiarse con la catarata de frases estúpidas que se le habían ido atorando en la garganta. Su prisa por intervenir me invitaba a demorarme. Habría podido permanecer en la biblioteca varios días con tal de que ella continuara en silencio, pero no pude darme ese gusto: un vigilante nos anunció que era hora de abandonar la sala de lectura. Teresa no desaprovechó la oportunidad: me embistió sin consideraciones con su deshilvanada perorata. Yo, como es lógico, no pensaba en otra cosa que en arreba-

tarle la palabra para reanudar el flujo de mis inteligentes comentarios. Recogimos nuestras pertenencias, nos encaminamos al estacionamiento y fingí oírla. Cuando estuvimos junto a su compacto automóvil verde, color por demás apropiado para una cotorra, me pareció que Teresa me insinuaba algo irracional: me estaba proponiendo contradecir a Freud, encerrarnos en un motel y refutar con nuestros actos su teoría. Acepté. Me sumí en el asiento derecho de su automóvil. Iba perdido, reflexionando acerca de lo impredecible de la conducta humana. Volví en mí cuando el frío me hizo reparar en que estaba desnudo.

Me imagino que Teresa cubrió con su dinero el costo de la habitación, pues no creo que el encargado se haya coludido con nuestro proyecto antifreudiano. Quiero creer que pagó y que le salió carísimo, porque en toda mi vida no he conocido a una mujer más inhibidora de los instintos sexuales. Su cuerpo, tan semejante al de las gordas de Rubens, era lo de menos; el problema era su lengua: no dejó de moverla ni un segundo. Tocaba mis brazos y mi espalda con la torpeza de una masajista sindicalizada; pero eso sí, relataba sus insostenibles historias con entusiasmo digno de un loco. Ni un solo instante bajó el volumen de su voz.

Aunque parezca increíble no se me ocurrió escapar. Sospecho que por culpa de ciertas experiencias juveniles, encontrarme en un cuarto de hotel con una des-

conocida me obliga a cumplir como hombre. No quería añadir a tanta humillación la puntilla de un fracaso erótico. De nada me sirvió: salí como entré. Tal vez si le hubiera tapado la boca con un beso se habría callado los minutos indispensables... pero el asco me lo impidió.

Hoy es el segundo día de vacaciones. Vine a la biblioteca para huir de Lily: la detesto, aunque ahora sé que estar con ella no es lo peor que me puede suceder. Quiero escribir los comentarios al libro de Freud, *El malestar en la cultura*. Me propongo dejar testimonio de lo difícil que es contradecir su teoría.

EL ESCRITOR INSOMNE

2^{018,}
019,
020 y ni una más, se dijo disgustado Julio Beyer mientras encendía un cigarrillo. A las 4:27 de la madrugada la vida se le antojó más absurda que de costumbre: era inútil encender la luz: sus ojos ya estaban habituados a la penumbra; era inútil seguir agotándose entre las sábanas o querer aprovechar el insomnio para escribir, como algún necio le había sugerido. En su estado, hasta la simple transcripción de un poema resultaría un fracaso. 13 horas de sueño era cuanto había logrado acumular en las dos últimas semanas. Estaba muy cansado, sobre todo de probar los mal llamados remedios infalibles que, por culpa de sus ojeras, la gente se creía obligada a aconsejarle: leche tibia, té de lechuga, somníferos extranjeros, piyamas sin elásticos; contar ovejas, poner la mente en blanco, repetir un mantra o arrastrar la vista sobre las páginas de un libro.

Faltaban 3 horas con 3 minutos para que sonara el despertador: aún podía ensayar otro sistema, pero ¿cuál? Los somníferos le producían taquicardias, carecía de un pantalón de franela al cual aflojarle los elásticos: Julio siempre se acostaba desnudo, y luego lo de los libros, él no era un patán para usar la literatura como garrote. En éstas estaba y en su décimo cigarro, cuando descubrió el antídoto: las letras. Pensar en el nombre de algún escritor siguiendo el orden del abecedario: Andersen, Balzac, Carroll, Chejov, Dumas, Elitis, France, Góngora y antes de que Hemingway terminara de instalársele en la conciencia, el escritor insomne cayó en las profundidades del sueño.

Desde entonces, cada vez fue más fácil para Julio: apenas ponía la cabeza sobre la almohada, Apollinaire, Arguedas, Asturias o Arredondo acudían al rescate y, salvo una noche en que llegó hasta Zolá y tuvo que iniciar otra ronda, casi siempre se quedaba dormido antes de invocar a Lovecraft, London, Lawrence o Lem. Habría podido reponerse en una semana, pero su método comenzó a fallar: Julio no aceptó que los escritores aparecieran sólo alfabéticamente, sino de acuerdo con algún criterio: época, género, corriente o nacionalidad. Pensó en Amado y tras él desfilaron Borges, Cortázar, Donoso... Se dio cuenta de que le faltaba la Ch y de que se estaba despabilando. Quiso volver a los recuentos arbitrarios, pero en su nueva lista sólo apa-

recieron dramaturgos. Recomenzó: Andric, Bellow, Camus, Churchill... Julio se detuvo: la lista iba mal, pues si bien los autores no eran poetas ni latinoamericanos, tenían algo en común: a todos les habían otorgado el Premio Nobel. Julio se enfureció porque ni Borges ni Joyce ni Kafka lo habían recibido. Trató de serenarse: la aflicción iba apoderándose de él; pensó que no era normal sentir impulsos suicidas sólo porque algunos escritores no obtenían ciertos premios. Estaba peor que antes de la semana de tregua; el bienestar producto de las noches en que sí descansó se había anulado. Se incorporó y estuvo sacudiendo la cabeza como si se tratara de una pecera llena de papelitos con nombres y quisiera revolverlos bien. Necesitaba otro método. Se acostó boca arriba y luego boca abajo; se puso a dar vueltas; estuvo girando hasta que por fin su cuerpo aceptó quedarse en posición fetal. A Julio le pareció que este hecho contenía un mensaje: la respuesta estaba en el origen, incluso según las Sagradas Escrituras lo primero había sido el *Verbo*. Con los ojos entrecerrados, Julio comenzó: Acomodar, Beber, Conocer, Charlar, Dormir, Escribir...

LA PINTORA Y SU MODELO

Ella era una de esas mujeres que tienen el ano y no la boca debajo de la nariz, a juzgar por el gesto de desagrado permanente. No era una persona: era una especie de consecuencia: el producto de la cosmetología, la cirugía plástica y las últimas novedades en liposucción. No contaba su tiempo en años de vida, sino en horas acumuladas de masaje. Y, salvo las anginas y el apéndice, cada centímetro de su cuerpo había conocido algún tipo de reparación con bisturí y ciencia médica. No tenía lunares, pecas, manchas ni pelos. No tenía las últimas costillas flotantes. Era tan artificial como el rostro azul de una Menina de Picasso. Tenía la mirada vacía y transparente de una botella de vidrio sin estrenar. Nunca se le ocurrió que más allá de las puntas de sus sedosos cabellos pudiera haber una persona, pues, sin importar donde estuviera: en la fila de un banco, o en el centro de un elevador con cupo completo, agitaba su cabecita con la inconsciencia con que los perros se sacuden el agua de la lluvia.

Al parecer, era de temperamento solitario, pues no manifestaba gusto al encontrarse con nadie. Llegué a pensar que sólo la alegraban los encuentros consigo misma, pues cada que pasaba ante un espejo, realizaba la excepcional tarea de distender sus labios para producir ese mismo gesto de aprobación y orgullo que suponemos puso Miguel Ángel al concluir su monumental Moisés.

A mí, debo confesarlo, me tenía extasiada. La admiración por esa clase de especímenes en quienes se mezclan la irrealidad y la belleza es una de mis debilidades. Con tal de mirarla, empecé a asistir al club. Yo, que he odiado el ejercicio casi tanto como los trámites burocráticos o las salas de espera de los médicos; yo, que iba a vender la acción con que me pagó el maldito restaurantero mi mejor naturaleza muerta en vez de darme el dinero en efectivo, estoy allí, con mi sudadera y mis pants, todos los días. Y luego, para no llamar la atención de socios o entrenadores, empecé a correr. En realidad no siempre he sido el tipo de persona que atrae miradas: he pasado por el mundo con la discreción de las plantas y macetas de las oficinas públicas. Pero, como parte del trabajo de los entrenadores es informar a los nuevos socios acerca del funcionamiento de todos esos aparatos cardiovasculares y aeróbicos, no pude salvarme. Con el gusto que da tratar a un adulto como idiota, me explicaron cómo prender la escaladora, cómo poner mi peso en libras, cómo obsesionarme con

las calorías. Sin darme cuenta ocurrió: una mañana me encontré arrojando sobre un sofá de mi departamento uno tras otro todos mis pantalones: la concentración de grasa en vientre, nalgas y piernas había desaparecido. Me miré al espejo: ya no era una de las gordas de Botero; no era aún como la Gala más bella de Dalí; pero, por primera vez en mi vida, mi cuerpo era algo que bien podía ser exhibido sin vergüenza, así que me dediqué a mostrarlo desnudo en el vapor o en mallas y *bodys* entalladísimos por todo el club.

Ella pasaba el día completo en el gimnasio: cuando no estaba en el squash, o en el cuarto de masajes, escalaba una soga o levantaba pesas. Yo también empecé a pasar el día completo ahí. Había concluido las portadas para libros que la editorial me había encargado y, salvo el cuadro de una marina con que un dentista quería adornar la antesala de su nuevo consultorio, no me caía trabajo. Fue entonces cuando comencé a hacer los bocetos: trazos de ella andando en bicicleta fija, o haciendo remo imaginario sobre una máquina. Como mi idea de esta serie de dibujos no tenía nada que ver con el deporte, sino con el desnudo femenino, preferí tomar breves y veloces apuntes de su cuerpo cuando se recostaba en el sauna. Lo que más me asombraba de ella era su textura: había logrado erradicar de su apariencia hasta el último vestigio de los errores e irregu-

laridades con que la había mandado al mundo la naturaleza.

Yo estaba pasando por una etapa de deshidratación de ideas, de baja de inspiración mezclada con esa clase de necesidades económicas que obligan al pintor a pensar más en el precio de carbones y lienzos que en el asunto que desea plasmar. Comía menos y también trabajaba con menos ahínco. A veces, para quedarme cerca de ella, fingía interés en lo que las otras mujeres decían. Me enteré de los tratamientos para hacer el cabello sedoso; sustituí la rasuradora por la ceramiel; conocí las propiedades de la concha nácar y del tepezcohuite para eliminar las manchas solares: mi piel fue adquiriendo la tersura y palidez de las fantasmagóricas mujeres que pintó Delvaux.

Los instructores se han vuelto muy amables conmigo: me enseñan rutinas y hasta me acompañan mientras hago los ejercicios; me ayudan a levantar las piernas y me dicen que les gusta la figura que voy adquiriendo. No estoy segura, pero supongo que porque siempre estábamos en la misma zona, alguna vez una de las chicas de las toallas me confundió con ella. En realidad, ya no la sigo. Últimamente paso muchas horas en mi estudio y en la galería. He decidido no volver a pintar marinas ni naturalezas muertas. Por fin, hoy en la noche se inaugura la exposición de mis dibujos, desnudos femeninos, a los que inesperadamente decidí denominar *Autorretratos*.

EL PARAÍSO DOMÉSTICO

Era tan tonta en ese tiempo, que adjudicaba a la casualidad la invariable amargura con que festejabas mis éxitos. Cada que mi gesto de mujer frustrada era suspendido por el entusiasmo, te tomabas la molestia de abandonar tu habitual apatía con el profiláctico objetivo de devolverme a la estabilidad emocional, a ese coraje solapado que hasta yo creí lo más propio de mi carácter y al que debo, además de ciertas arrugas anticipadas, el empuje con que empecé a cantar. Ignoro si eras muy hábil o si yo era excesivamente torpe: lo que sí sé es que no hubo un solo día en que a la sorpresa de sentirme alegre por algún suceso que, aunque mediocre, fuera capaz de sacarme del fastidio cotidiano, no siguiera un sarcasmo tuyo. Lograbas hundirme con tal facilidad que de seguro contabas con mi cooperación, pues hoy ni esa carretada compuesta por la selección de tus frases más hirientes ha conseguido inmutarme.

No presumo de poseer una memoria fuera de lo normal ni mucho menos de ser una sagaz observadora; la seguridad con que afirmo que nunca te sumaste a ninguna de mis expansiones de alegría proviene de que fueron tan escasas durante nuestros nueve primeros años de matrimonio, que incluso una amnésica podría recordarlas. Reconozco que al principio llegué al extremo de sentirme responsable de tus agresiones: creí que era yo quien, falta del más elemental sentido de la oportunidad, había elegido un momento poco propicio para participarte aquello que me hacía feliz. Después dejé de sentirme culpable y despotiqué contra la mala suerte: me resultaba increíble que, teniendo el año 365 días, los contados hechos agradables que constituían mi cuota no pudieran ocurrir en un día en que tú estuvieras de moderado buen humor. Y es que no eran constantes tus dolores de estómago, ni tus pesadísimas jornadas laborales, ni tus quejas contra la infinidad de vehículos que te hacían invertir dos o tres horas en trasladarte de la oficina a la casa. Otros días estabas sonriente y platicador, podías hablar y hablar de que tu jefe te había felicitado por la forma en que habías resuelto un problema financiero o de lo divertido que habías estado jugando al dominó con tus amigos a la hora de la comida. Fue precisamente el modo abrupto en que te cambió el estado de ánimo un sábado por la mañana lo que me hizo intuir que era mi

alegría lo que te enojaba y no que yo estuviera marcada por la mala suerte o la falta de puntería. De repente se te quitaron las ganas de platicar: con un par de frases burlonas despachaste el asunto que yo trataba de plantearte. Te expliqué, presa de la euforia, que por fin iba a cantar para un público verdadero, no ya frente a mis familiares que reunidos en función de una boda, unos quince años o un bautizo, solían escucharme con una atención parecida a la que reciben los niños en los festivales escolares. Aquella noche me presenté en un teatro gracias a que el dueño era novio de una amiga mía y a que la cantante se había enfermado. Me acompañaste en la actitud de quien asiste a un velorio por compromiso. Creo que si mi fracaso hubiera sido estrepitoso te habrías reconciliado conmigo. Pero si bien no conmoví al auditorio, tampoco hice el ridículo. Mi actuación de aquella noche podría ser calificada de aceptable, tomando en cuenta que yo era una novata en el escenario: la prueba de que no lo hice tan mal, la encuentro en el hecho de que meses más tarde me ofrecieron un contrato, aunque tú te has esforzado a tal punto que casi me has convencido de que no fue mi voz, sino mi larga amistad con Leticia lo que me permitió volver a aquel teatro y, por supuesto, a que su novio es un canalla abusador para quien es preferible brindar a sus ignorantes clientes el espectáculo de una

improvisada que distraer parte de sus ganancias en pagarle a una profesional.

La confianza en mí misma fue creciendo junto con la convicción de que los acontecimientos relacionados con mi persona tenían doble signo: mientras que para mí eran positivos, para ti eran negativos. Yo, que reproché álgebra porque no me entraba en la cabeza que dos signos contrarios rigieran una misma ecuación, he venido a aprender en la vida diaria que las matemáticas sí son útiles como aseguraba el profesor. Comprobé hasta la depresión, y luego hasta el hartazgo, que nada que me provocara dicha podía dártela. Me reprochabas mi desinterés por “nuestro hogar”: jamás, según tú, había sido peor ama de casa; insistías en que estaba renunciando a mi más noble posibilidad de realización: la maternidad, a cambio de una vida vergonzosa. Me acusabas día y noche. Nunca te he visto desplegar tanta imaginación ni tanto cinismo: te dio por repetir sin tregua que un hijo era el pasaporte al paraíso doméstico perdido.

Es cierto: no soy una santa. No niego que en cuanto descubrí la ira que te despertaba oírme cantar hasta en la regadera, canté más y con más gusto, y creo que el público lo ha notado, pues no necesito recordarte lo bien que se ha vendido mi nuevo disco. No me hace falta consultar a un quiromántico ni a un psicoanalista para saber que lo que más te ofende ahora es que

yo, la eterna cantante improvisada, gane más dinero que tú, el eterno profesional de los números. Se te escapó la sumisa esposa, la mujer sin nombre, la señora de tu apellido; pero como te aprecio, como valoro el que estés junto a mí para que mi felicidad sea completa, no te daré el divorcio.

LUNA DE MIEL EN CUARTO MENGUANTE

Miras tu vestido blanco y ampón —como de princesa— en la brillante superficie del espejo largo de tu recámara, y te pones a pensar en tu luna de miel. Imaginas a Luis acercándose por detrás, levantando con ambas manos la infinita cola del vestido, las enaguas y la crinolina: una montaña de tela blanca lo separa de ese pedacito de nailon que por fin toca, pero que no puede bajar completamente porque las medias y el ligero se lo impiden.

Luis lo acepta: ese andamio sedoso lo rozará con cada movimiento. No importa. Lo único que le preocupa es conservar el equilibrio y ser cortés: evitar que tu cabeza choque contra el espejo mientras él lucha por abrirse la bragueta para llegar hasta ti que, jadeante, miras la punta de tus zapatos de raso. Sientes vergüenza. Sientes placer. No es la primera ocasión que lo hacen, aunque sí la primera frente al espejo.

—¿Qué no van a salir nunca?, ¡los va a dejar el autobús! —grita inocente tu madre desde el pasillo.

—Es que estamos terminando de empacar —respondes con el aliento entrecortado.

Ahora te parece ver a Luis caminando por la playa. Hay norte. En Veracruz siempre hay norte; pero él nació en ese puerto y asegura que es el mejor lugar del mundo para pasar la luna de miel. Tú, en cambio, siempre has creído que el calor y el mar irritan las mucosas y que no hay nada más impropio para la luna de miel que una playa; pero otra vez no importa: sólo se trata de estar encerrados en una habitación, sin trabajo pendiente, sin amigos ni familiares, jugando —sin decirlo— a que están solos en el mundo. Juntos y solos.

Aunque el pantalón de mezclilla estuvo raspándote la entrepierna durante las 6 horas que pasaste sentada en el autobús, te sientes no sólo dispuesta sino muy entusiasmada ante la perspectiva de tu noche de bodas. El juego de camisón y bata color algodón de azúcar, que te regalaron tus papás, aguarda en la maleta; pero tú sacas el *baby doll* transparente, el que no tiene calzón sino tres centímetros de encaje y un listoncito, y entonces sí, Luis y tú vuelven a reírse y a mirarse como aquella noche en que, con el pretexto de que iban a cenar con tu futura familia política, se fueron de excursión a una tienda de lencería y luego a un hotel —de paso, por supuesto—, no como éste, en donde entraron con equipaje, reservaciones y un certificado de matrimonio que nadie les pidió, y no porque esa costumbre

no exista en los hoteles, sino porque tú y Luis, con sus gestos y actitudes, forman el rompecabezas de un elo-cuentísimo letrero: *ya tenemos permiso*, repite él alegre, tirándose encima de tu cuerpo, penetrándote sin preámbulos, con esa confianza como de hombre que entra por fin en su deseada casa propia. Sientes irritación, mucho ardor. Te das cuenta de que no alcanzarás un orgasmo de lujo como el que tuviste horas antes frente al espejo; no alcanzarás siquiera un orgasmo de compromiso: ya viajas por una de esas desviaciones que jamás desembocan en el instante en que el cuerpo olvida sus ideas y redescubre su piel en un íntimo sacudimiento. Podrías atribuir tu insatisfactoria situación a la mezclilla, al calor o a Luis que optó por la coreografía más tradicional: te pesa, te aplasta, hace difícil tu respiración; sin embargo, tú, que sueles ser pasiva pero no tanto, logras hacerlo girar y montarte encima de él. Ambos suben y bajan. Hasta podría afirmarse que entre los dos —con sus tenaces movimientos— estuvieron muy cerca de realizar desde esa cama el gran despegue. Sin embargo, luego de una hora y media de cabalgata, el encuentro termina aunque ninguno haya terminado literalmente. Luis está dormido. Te da la espalda. Y como tú eres del tipo de persona ideática, que busca en todo símbolos y señales, piensas: “Si no la hacemos bien en la cama, Luis me dará la espalda”. En ese instante, como si hubieras pensado en voz

alta, su brazo busca tu cintura y tú inmediatamente se la das. Te metes en el nicho de su cuerpo convencida de que aún es posible intervenir en el color de tu futuro. Para empezar, decides arrebatarse a esta frustrada y frustrante ocasión la gloria de ser el inicio de tu vida conyugal, y decretas que tu luna de miel comenzó frente al espejo, con tu vestido blanco y ampón semipuesto, o mejor aún, semiquitado.

—¿Tú crees que tener orgasmos es la esencia de la luna de miel? —le preguntas a la tarde siguiente, cubriéndote los senos con una almohada, después de haber visitado el paraíso.

—¿Qué? —pregunta Luis con un gran bocado de camarones a medio masticar—. Pues... sí, lo de los orgasmos es buena idea... aunque yo creo que la luna de miel se inventó para que las parejas practiquen todas las posiciones...

—¡Estás loco! —respondes maternal—: es para hacer un bebé sin prisas.

El traje de baño de tu marido va y viene por la playa. Quiere meterse al mar en pleno norte. Ese cuerpo es todavía un desconocido para tus ojos. Tus manos lo conocen mejor: lo han tocado tímidamente en la oscuridad del cine, en el asiento trasero de un coche y hasta en un sofá, con esa vertiginosa urgencia surgida del deseo y de la preocupación de que alguien llegue. Lo mi-

ras y te gusta. Aunque está flaco y tiene las rodillas un poco chuecas, te gusta. Tienes frío, un viento helado y húmedo te atraviesa: lo que menos se te antoja es ese mar agitado y sucio pero te levantas; temblorosa te quitas la toalla y corres hacia Luis.

Entre las “cuatro paredes nupciales” y para compensar la sensación de tuétano congelado que los domina, pones en práctica la idea de participar en tu destino, por lo que no esperas a que él tome la iniciativa, sino que te adelantas y comienzas a besarlo. Como si dibujaras el mapa de ese territorio que estás dispuesta a conquistar, tus labios van dejando señales de bilé *rosa cálido*, de saliva transparente... y poco a poco ese recorrido que iniciaste con el único de fin de complacer a Luis te alcanza. Tus pezones se erizan. Tus párpados tiemblan. Estás hincada con su cuerpo quieto y desnudo junto a ti, para lo que quieras hacerle, y entonces te sorprende que ni tú ni él se hayan aferrado al estereotipo de esas películas en las que ÉL hace todo y a ELLA no le toca nada de nada; pero lo más sorprendente es la tranquilidad que te invade, podrías tardarte varias horas en su cuello, en su cintura, en sus antebrazos, en la parte más alta de sus piernas y hasta podrías bajar a sus pies y chuparle los dedos. Puedes hacer lo que quieras, pero no sólo porque lo quieres mucho, sino porque nadie interrumpe. Lo mejor de la luna de miel es que no haya interrupciones, le dices a Luis separando tu boca de

su ingle y él responde excitado: pues entonces no interrumpas, Lupita.

Cuando dijiste aquello de las interrupciones, en Veracruz, ni remotamente sospechaste la verdad que escondía. Para que la recordaras y comprendieras, tendrían que pasar muchos años, tres hijas y muchos, muchos días de esos en los que no quedan ni cinco minutos para la intimidad, porque cuando milagrosamente hay tiempo, lo que no queda son fuerzas ni ganas y es mejor mirar la tele o dormirse de una vez. Y entonces será necesaria la famosa segunda luna de miel, cuando se deja a los niños encargados con la suegra o con mamá, pero por favor no los consientas demasiado, vamos a telefonar todas las noches por si se ofrece... Y por fin, luego de montones de arreglos, de que seas tú quien proponga el viaje, quien haga las reservaciones, compre los boletos, le haga la maleta y la conversación porque él vendrá con la cabeza atiborrada de problemas laborales, ya no será una luna de miel, sino unas vacaciones sin niños de cuerpo presente. Y a pesar de que Luis cuelga en la perilla de la puerta del hotel Gran Turismo el letrero: *Please, do not disturb*, a pesar de que no hay interrupciones, no será una luna de miel: no habrá misterio, ni novedad, porque Luis y tú habrán hecho el amor miles de veces y aun así, como la primera vez, comprarás un traje especial para esa noche: un camisón de licra

negra, con encaje, porque te sentirás romántica, con ganas de ir a tomar una copa y a bailar, y él —aunque te quiere— no tendrá humor de grandes ceremonias. Accederá a tomar el vino en la terraza, pero no te mandará flores, ni te dirá que eres preciosa o que está enamorado de ti; en vez de eso hablará de que le gustaría ir de pesca o te pedirá que averigües si hay servicio de películas para rentar en el hotel.

Miras tu vestido blanco y ampón —como de princesa— en la brillante superficie del espejo largo de tu recámara, y escuchas a tu hija decir:

—Le dejaron una mancha en la tintorería. Yo no puedo casarme con esto...

—¿Qué? —preguntas sin acabar de entender de qué te están hablando.

—¿Te gusta cómo me queda, papi?

—Claro —responde Luis desde la puerta—, estás preciosa, como el día en que tu madre y yo nos casamos. ¿Te acuerdas? —te pregunta mirando el espejo y buscando tu complicidad.

—¿De qué? —respondes con la cara metida en la tela blanca del vestido porque, la verdad, sigues siendo como entonces y te da vergüenza.

—¡Estás roja, mal! —te dice tu hija como si tú no lo supieras.

—Sí, es por la menopausia —contestas para justificar el verdadero motivo de que te hayas sonrojado, y miras a Luis que te sonríe con los ojos desde sus lentes bifocales y te toma por la cintura, en ese mismo abrazo de toda tu vida.

ÍNDICE

Injustísima belleza	11
Adonis	23
La suerte tiene un límite	29
Compras de última hora	43
La venganza del penúltimo	51
El oficio biológico	57
El marido perfecto	65
El club de la azotea	75
Lección 23	83
Bajo la piel cansada	89
El subterráneo	95
Por culpa de S	101
Eclipse de lunas	107
Mi segundo nacimiento	117
Mexi Christmas!	123
Cornadas laborales	129
Guárdame este cadáver	139
Sexo imaginario	145
El amor no es un antídoto	153
Logomanía	161
El escritor insomne	169
La pintora y su modelo	175
El paraíso doméstico	181
Luna de miel en cuarto menguante	189

Esta obra se terminó de imprimir en marzo del 2003
en los talleres de Impresos y Acabados Marbeth, S.A. de C.V.
Privada de Álamo No. 35, Col. Arenal
C.P. 02980, México, D.F.



EL MARIDO PERFECTO es una espléndida galería de mujeres de hoy en su lucha por encontrar su auténtico lugar en el mundo. Mujeres de éxito que —aunque vestidas a la última moda del siglo XXI— aman con la docilidad de sus abuelas y dependen emocionalmente de un hombre, tanto o más que sus bisabuelas. Profesionistas que, por vivir en un país como México, están expuestas al sexismo, en cualquiera de sus numerosos disfraces.

Este libro no es un lamento. Es una historia múltiple, divertida, emocionante y conmovedora acerca de ese paraíso pocas veces alcanzado: el matrimonio ideal.

La rebeldía femenina ante la infidelidad conyugal; el siempre proscrito deseo de las mujeres adultas hacia los hombres más jóvenes; la imaginativa venganza contra el asedio sexual son algunas de las 24 vidas contadas magistralmente por Beatriz Escalante quien, con este libro, continúa su exploración literaria de la mujer.

Beatriz Escalante es también la autora de la exitosa novela *Júrame que te casaste virgen*, publicada por esta casa editorial.



NUEVA IMAGEN

ISBN 970-24-01



9 789702 4019



W9-BEN-963